

ESTO

REVISTA DEL HOGAR

BIBLIOTECA POPULAR
VALLADOLID

**INTERES
EMOCION
DRAMATISMO...**

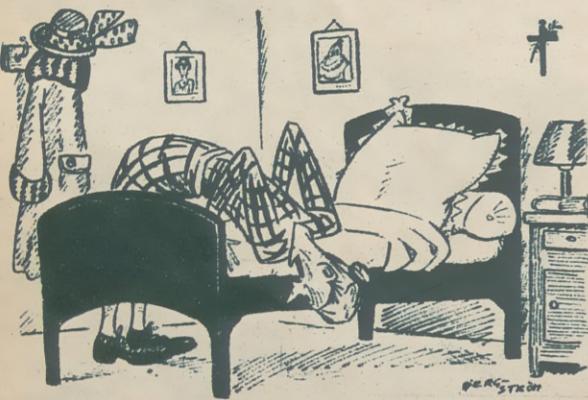
Todo esto lo hallará usted
en el tercer episodio de
**LAS AVENTURAS
EXTRAORDINARIAS
DE MARTIN GOMEZ**
que aparece en este número

30
ctms.

La boda del duque de Kent con la princesa Marina de Grecia

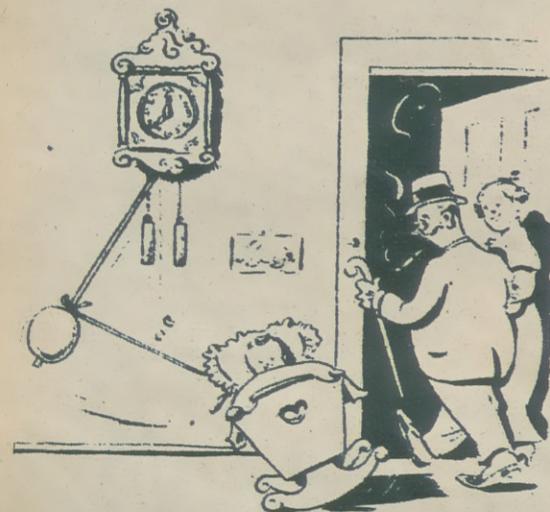


Nuestras fotos reproducen varios momentos de la llegada de la princesa Marina a Londres. He aquí también el monumental pastel de boda que será regalado a los novios



—¡Socorro! Veo unos pies debajo de mi cama.

(De «Söndagsnisse», Estocolmo).



Cuando los padres se van de paseo.

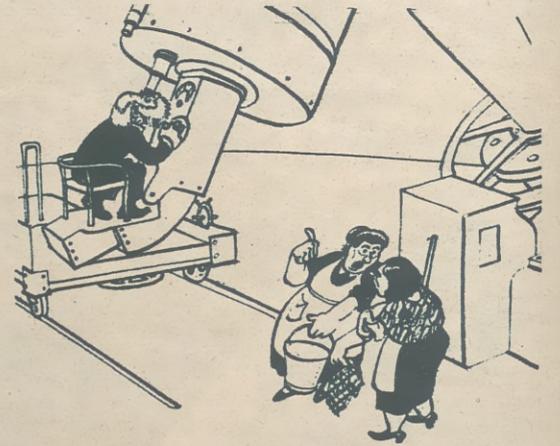
(De «Sie und Ers», Solingen).

HUMOR AJENO



EL JEFE.—Por ser la primera vez, le perdono... Pero... no vuelva usted a molestar a estos pobres animales...

(De «N. Y. Americans», New York).



LA NUEVA CRIADA DEL ASTRÓNOMO.—¡Pobre vieja! A su edad ya no debieran obligarle a trabajar de noche.

(De «The Passing Show», Londres).



ORACIÓN FÚNEBRE

Nuestro infortunado amigo, arrancado bruscamente de los brazos de una esposa tan joven, que apenas ha cumplido veintiséis años... LA VIUDA, CONMOVIDA:—¡Perdón! Sólo veintitrés...

(De «Miroir du Monde», París).

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN:
ESPALTER, 15 MADRID
 Teléfono 11401

ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
HERMOSILLA, 73
 Teléfonos 57884 y 57885. — Apartado 571

ESTO

REVISTA DEL HOGAR.

DIRECTOR:

Domingo de ARRESE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y sus Posesiones:
 Año, 15,— Semestre, 8,— Trimestre, 4,—

América, Filipinas y Portugal:
 Año, 16,— Semestre, 9,— Trimestre, 4,50

Francia y Alemania:
 Año, 23,— Semestre, 12,— Trimestre, 6,—

Para los demás Países:
 Año, 30,— Semestre, 16,— Trimestre, 8,—

Las extraordinarias aventuras de **Martín Gómez**

Un buen dibujo de Villa, señor de las campiñas mejicanas, en los tiempos que dominaba al país, imponiéndose a provincias enteras, sin poder ser dominado por los Gobiernos federales

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Martín Gómez es un emigrante español que ha relatado a nuestro colaborador las andanzas de su vida aventurera por América y China. En Cuba fué dependiente de un comercio, jugador de oficio. En el campo trabajó en un ingenio; pero una reyerta tenida con un marino yanqui, por celos, le obligó a huir por la manigua hasta la costa, donde se unió a una partida de contrabandistas y piratas, con los que navegó entre Cuba, Méjico y los Estados Unidos. Desembarcó un día en Veracruz, uniéndose a unos guerrilleros.

CAPÍTULO III

En contra y a favor de Pancho Villa, señor de las campiñas mejicanas

La organización del "carro terrestre" y la traición del guerrillero federal

SALIR a la calle en aquellas circunstancias era peligroso, pues, según me advirtió el tabernero, tan pronto como anochece los soldados federales que patrullaban por la ciudad disparaban sin ton ni son contra los transeúntes. En vista de esto, me quedé en la taberna, donde me dieron de cenar un potaje mejicano, y una manta sobre un banco, por toda cama. A pesar de lo incómodo del lecho, dormí bien, y al amanecer, firme en mis propósitos de correr aventuras y probar fortuna, fui al Palacio del Gobierno, en cuyo pórtico ya había varios sujetos, indígenas la mayor parte, dispuestos, al parecer, como yo, a unir sus destinos a la guerra civil que dividía al país.

Nuestra espera fué bastante pesada, y a lo largo de ella fuí conociendo a unos cuantos de aquellos tipos. La mayoría eran seres vulgarísimos, que preferían guerrear a trabajar honradamente en los muelles; había también aventureros de fino olfato que, tal vez como los viejos conquistadores, esperaban encontrar la fortuna en las selvas inmensas de aquella nación ensangrentada, pensando que los pescadores aprovechados sacan siempre partido de los ríos revueltos. Uno de éstos era español (asturiano) y se llamaba Alarcón. Simpatizé desde el primer momento, y, en efecto, fuimos después excelentes camaradas en las emocionantes andanzas que hubimos de correr juntos.

Por el filo del mediodía estaríamos cuando entró en el patio—pintorescamente vestido a lo charro, con grandes espuelas y hebillas de plata y dos revólveres al cinto—el agitador que la noche pasada nos ofrecía el sentar plaza en la partida que estaba organizando para batirse al lado del Gobierno. Le acompañaban dos jóvenes oficiales del Ejército federal, ambos muy «curros», como se decía por allí. Los tres nos pasaron revista de una ojeada y subieron las escaleras charlando lentamente.



En aquellas circunstancias debía de ser cosa facilísima poner en práctica lo que podríamos llamar «carro terrestre», pues a la media hora de haber subido nuestro futuro cabecilla, se nos llamó a un patio, donde un sargento y varios soldados federales nos hicieron entrega, sin ningún requisito, de un rifle, canana y una manta. Después se nos alineó y tomó el nombre, origen y edad de cada uno. En este trámite, bajó el jefe, quien nos arengó con cuatro incoherencias, diciéndonos que si éramos valientes y le obedecíamos, nos esperaba un buen botín y una vida opí-

para. Sin duda para ensombrecer tan halagüeño futuro, nos recordó que éramos soldados a sus órdenes, y que aquel que le faltase en algo sería pasado irremisiblemente por las armas. Luego mandó a una especie de criado que le acompañaba que nos diese cinco pesos a cada uno, con lo cual ni que decir tiene que la mayoría de aquellos «pelaos» que formaban la partida se pusieron más contentos que unas Pascuas.

Del Palacio fuimos, ya formados—es decir, agrupados, porque ninguna instrucción militar se nos exigió—, a un gran cuartel, donde nos sirvieron un ran-

cho abundante, con su correspondiente vaso de «pulque», lo cual acabó de hacer felices a los «pelaos».

Se nos mandó descansar, y por la noche, tras de darnos a cada uno un morral con víveres de campaña, municiones para el rifle y un altísimo sombrero del país, salimos para tomar el tren que había de llevarnos al escenario de la guerra.

Hacinados como bestias en un largo convoy cargado de material bélico, abandonamos a Veracruz. Yo, acurrucado en un rincón, al tibio calor de la manta y al arrullo de una canción melancólica que entonaba un «pelao» borracho, me quedé dormido mientras la locomotora galopaba con sus músculos de acero por las silenciosas llanuras de Nueva España.

En el caos mejicano, entre la baránda de «generales» y partidas, había bastantes mercenarios europeos que instruían las tropas y les facilitaban armas modernas. En la foto se ve a tres guerrilleros indígenas manipulando con una ametralladora de fabricación española que les habrá enseñado a manejar algún instructor español, como el militar que facilitó a Gómez el acceso al Estado Mayor de Villa



¡No hay hombre que pueda con Pancho Villal

Me desperté violentamente golpeando con la cabeza

Pancho Villa (x), con Zapata y otros aventureros, disponía de los destinos de Méjico. Con ellos se le ve en esta curiosa fotografía, interesante documento gráfico del pintoresquismo de los caudillos y las guerras mejicanas, en las que Gómez vivió días de azar y emoción—>

Pancho Villa (x), el audaz aventurero mejicano, cabalgaba siempre a la vanguardia de sus tropas. Las ciudades temblaban ante su presencia, y las fuerzas «villistas», de victoria en victoria, imponían su ley en la pradera y recogían valioso botín. Martín Gómez formaba parte del victorioso cortejo, llegando hasta gozar de la amistad y el favor de Villa ↓



la pared del vagón. El tren había frenado en seco, y caímos unos sobre otros en un caos de cuerpos amontonados y blasfemias cortantes. Dominando el tumulto, se oía, imperativa, la voz del cabecilla:

—¡Fuera, muchachos; fuera! ¡Cargad las armas, que estamos entre «cuaringas»!

Salimos todos precipitadamente, con los rifles preparados. La vía estaba cortada y habían volcado dos vagones. La pradera, magnífica llanada mejicana, aureolada por una luna naciente y maravillosa del Trópico, tenía un silencio solemne, pues el cabecilla se impuso y el tumulto cesó al instante. Tirados en el suelo, esperamos. A los pocos momentos un silbido penetrante rasgó la noche y se empezaron a oír tiros y ver fogonazos a medio kilómetro, en todo nuestro alrededor. Fueron momentos de gran emoción para mí. A pocos metros veía al jefe, tendido en el suelo,

sondeando con los ojos la negrura de la noche. Tenía un revólver en una mano y un blanco pañuelo de seda, oprimiéndolo nerviosamente, en la otra. Yo le oí decir al sargento federal que tenía a su lado:

—Aquí han dado un «chivatazo», y los de Villa nos tendieron la celada. Que nadie tire ni se mueva hasta que yo diga; que hay que ver el modo de salir de ésta, sargento.

Mientras tanto, los fogonazos se veían avanzar poco a poco.

El jefe cuchichea con el sargento, y, al fin, oímos la orden:

—Seguir detrás de nosotros, arrastras, ¡y mucho cuidado con abrir la boca!

El tiró por un lado, y el sargento, por el contrario. Los cuarenta hombres de la partida nos dividimos. Yo me fuf detrás del cabecilla, fiando que su pericia

nos sacase de aquel atolladero. No sé bien lo que ocurrió, pero sí recuerdo que andando como las culebras pasamos unas dos horas. Más de una vez vimos, a pocos metros, las sombras de los enemigos. Cada vez que esto ocurría nos plegábamos contra el césped para impedir que nos delatase la luz de los fogonazos. Al fin, fuimos dejando al enemigo a la espalda. Entonces el cabecilla nos mandó poner en pie. A lo lejos se veían los múltiples fogonazos y se oía el rugir constante de muchos disparos. El jefe, con una sonrisa siniestra, se volvía a nosotros para señalarnos el tiroteo, a la vez que nos decía, como orgulloso de su descubierta afortunada:

—O han copado al sargento Martínez, o se están matando unos a otros en la obscuridad. Y ahora, muchachos, a buscar donde escondernos y ver lo que nos trae mañana la suerte.

Nos ocultamos en unos matorrales, y al día siguiente pudimos ver el tren abandonado. Como del enemigo no se notaba ni rastro, fuimos a ver el convoy, que había sido completamente saqueado. En medio de la vía, con la cabeza deshecha de un balazo, estaba Martínez, rodeado de casi todos sus hombres. También había bastantes enemigos muertos. Sin escrúpulo ninguno, fueron desvalijados los cadáveres. Nuestro jefe se paseó entre los muertos, como meditando profundamente, y al fin, volviéndose a nosotros, nos propuso, en vista de que se había perdido el convoy y que no era posible presentarse al Gobierno, que nos pasáramos a los «villistas», ya que parecía ser que era más fácil conseguir el botín desde el otro campo. Yo, al oír esto, me quedé asombrado. No concebía aquella deslealtad—¡tantas había de ver después!—; pero vi que todos los compañeros aplaudieron la proposición y que Alarcón, mi paisano, al notar mi incertidumbre, me decía, dándome un codazo amistoso:

—Salimos ganando. ¡No hay hombre que pueda con Villa!

A las órdenes de Pancho Villa, señor de las compañías mejicanas

No voy a describirle las fatigas y privaciones que pasamos vagabundeando por las campañas durante varios días. Rehuíamos los pueblos importantes y comíamos en los ranchos. En uno de ellos nos dijeron que Pancho Villa, con una gruesa columna de fuerzas, se hallaba cerca, en la raya de Coahuila, y animados por tal noticia, seguimos la caminata, llegando al día siguiente hasta las avanzadas. Varias veces vimos a lo lejos fuerzas federales; pero parecía que unas y otras rehuían el encuentro, pues no oímos ni un solo tiro. El cabecilla fué a hablar con el terrible aventurero mejicano, y no volvió jamás. Según supe después, al saber su traición, mandó fusilarlo muy cortésmente y se quedó con su gente, es decir, con nosotros.

De Pancho Villa se decía entonces todo cuanto puede decirse de un hombre. Desde los elogios más exagerados hasta las diatribas más hirientes. Para unos era un bandolero afortunado, cruel, brutal y déspota; para los otros, el genio salvador de Méjico, genuino representante de las aspiraciones de la nación. Yo, que luego le serví muy de cerca, en comisiones de gran interés, y viví a su lado los últimos años de su azarosa existencia, compartiendo con él episodios curiosísimos, que luego relataré, pude darme cuenta de que ambas cosas se juntaban en aquel hombre extraño, que por su propio empuje supo ser una de las figuras representativas de su tiempo.



Una de las numerosas partidas volantes que operaban por el territorio mejicano luchando unas veces a favor de los rebeldes y otras al lado del Gobierno. Estaban formadas por indios y mestizos, a quienes capitaneaban aventureros que más que otra cosa buscaban el botín de la victoria

Por orden suya, los hombres de nuestra partida fueron distribuidos entre los grupos de las fuerzas de Villa. Tocónos a Alarcón y a mí servir en uno que mandaba un ex oficial del Ejército español, persona de gran confianza del jefe Pancho, y a cuya protección debí la fortuna que tuve después.

Las tropas irregulares en las que figurábamos estaban formadas, principalmente, por indios y mestizos, pocos criollos blancos y algunos aventureros norteamericanos, alemanes y españoles, que eran instructores y técnicos del pequeño Ejército. Teníamos buenos fusiles y rifles, varias ametralladoras y cinco cañoncitos de campaña. Con nosotros venían bastantes mujeres de indios y «pelaos», a quienes llamaban «soldaderas», que atendían a los heridos y cuidaban de los ranchos y otros servicios de Intendencia. La columna, con un total de 3.000 hombres y 600 caballos, operaba con gran movilidad de un sitio a otro, exigiendo tributos en los pueblos y procurando hostilizar la acción de los gubernamentales.

Pancho Villa, montado en su caballo blanco, no encontraba jamás resistencia. A su nombre temblaba el país entero. Era valiente hasta la temeridad, y por eso le gustaba topar con valientes. A más de un prisionero fusiló por verle temblar y pedir, llorando, merced. Para estos casos tenía su frase favorita:

—Que arrimen a la pared al amiguito. No me gustan las mujeres con barba.

En cierta ocasión nos apoderamos de un importante centro ferroviario, y el propio Villa, revólver en mano, penetró en las oficinas telegráficas.

—Quero—le dijo al telegrafista—que ponga usted



Curiosa fotografía obtenida en los días azarosos de la revuelta mejicana, cuando los partidismos y las luchas intestinas dividían al país. Mientras Pancho Villa peleaba en el campo con las tropas federales, en las ciudades muerdaban los incidentes y manifestaciones tumultuosas

este parte. (Era un falso aviso al gobernador de una población cercana.)

—Yo no puedo hacer eso—le respondió.

—¿Usted no sabe quién soy yo? ¡Pues Pancho Villa!

—Muy bien, tanto gusto. Yo soy Mateo Fernández.

—¡Pancho Villa—clamó el jefe con voz de trueno y gesto amenazador—le manda obedecer!

—Pues Mateo Fernández—dijo el otro, sin perder la serenidad—no tiene por qué obedecerle.

Todos nos quedamos asombrados al escuchar el diálogo, esperando la orden del fusilamiento inmediato; pero Villa, calmándose de repente, le tendió la mano:

—Es usted un hombre, mi amigo, y gentes como usted son los que quiere Pancho Villa. Choque esos cinco.

En resumen: Mateo Fernández cedió a los ruegos de nuestro cabecilla, se pasó a la partida y fué una de las personas de mayor confianza del jefe.

Rodando de un sitio a otro, anduvimos lo menos un

mes, sin que nos sucediera nada notable. Saqueamos varios poblados, y del botín repartido yo ya me hice de varios centenares de pesos. La vida de guerrillero no era del todo mala.

Un día, el jefe de mi grupo o sección—el oficial mercenario español, que se llamaba Demetrio Santurce—me mandó escribir unas cartas, y al ver mi buena letra y ortografía, me nombró su secretario, con lo cual, aunque como simple subalterno, formé parte del Estado Mayor de aquel Ejército. No había de fardar en crearme un nombre en él.

Un día empezamos a hacer grandes preparativos. Recibimos gran cantidad de cartuchos y se incorporaron a la columna varias partidas pequeñas, con carros y caballos. Me enteré que se estaba preparando el ataque a una importante ciudad de los federales. De todo el país llegaban contingentes y dineros de los «villistas». Los del Gobierno también concentraban fuerzas—decían nuestros espías— para evitar la maniobra. Villa iba a dirigir personalmente las operaciones, y esto hacía temer a los federales un serio descalabro.

Se avecinaban jornadas sangrientas, en las que el destino me reservaba un papel bastante principal.

J. E. CASARIEGO

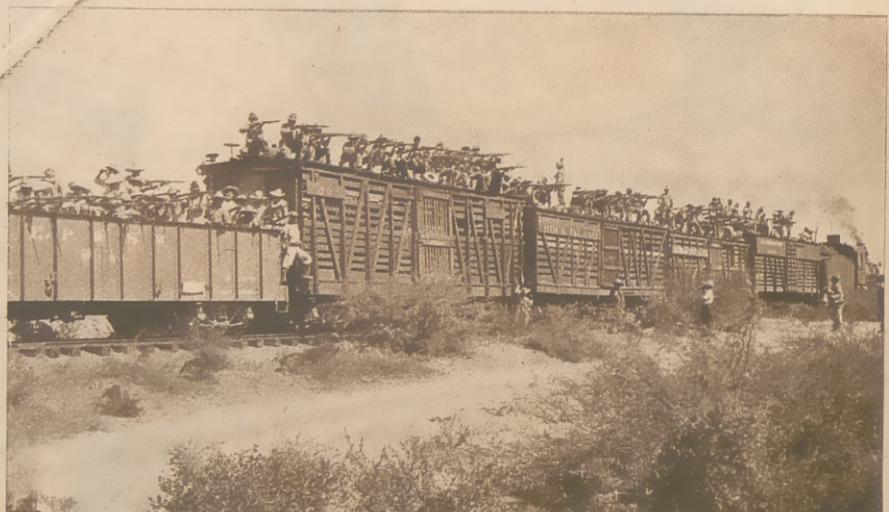
En el próximo número:

La guerra civil en Méjico y el alevoso asesinato del caudillo.

En este capítulo se relatan curiosísimas anécdotas del guerrillero mejicano y la tenebrosa intriga que puso fin a sus días, después de haberle sido concedido un feudo por el presidente Huertas.



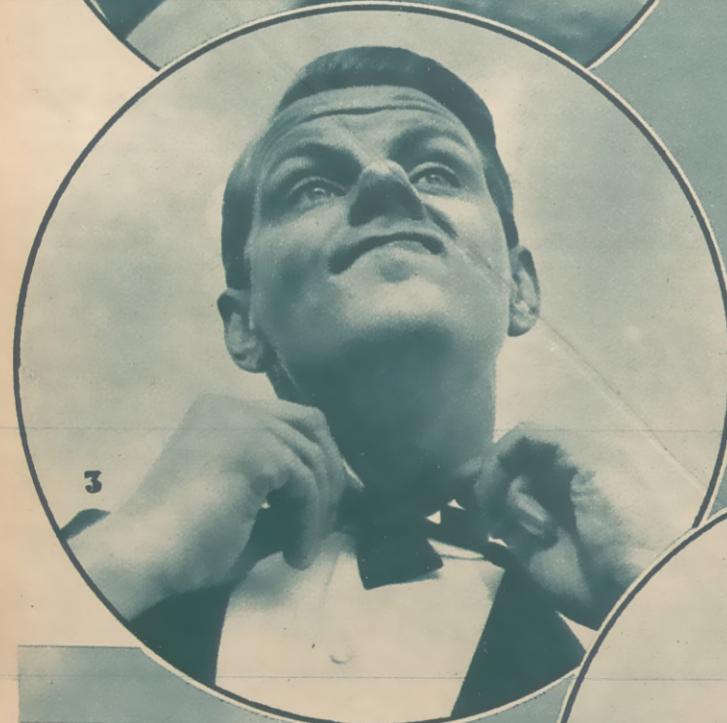
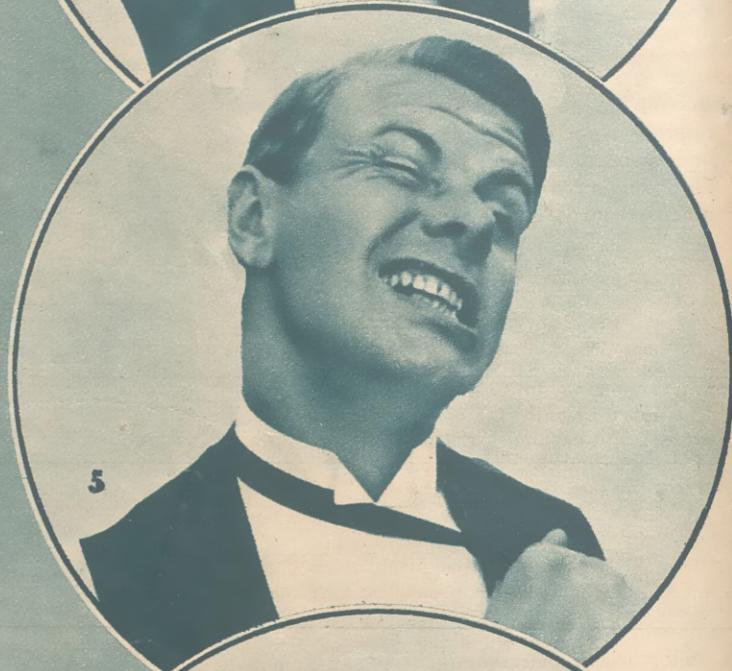
La intensidad de las guerras civiles obligaba a los Gobiernos mejicanos a autorizar el «carro terrestre». Indios, mestizos, «pelaos» y aventureros de todo el mundo pescaban en el río revuelto de la discordia nacional. Así se organizaban pintorescas columnas como la que reproducimos en esta foto, y en una de las cuales Gómez recibió su bautismo de fuego



Los trenes que conducían fuerzas desde las ciudades al escenario de la lucha eran frecuentemente atacados por los audaces guerrilleros, que cortaban la vía, se apoderaban, tras enconada lucha, del convoy y lo saqueaban por completo. Uno de estos ataques obligó a Martín a pasarse de las tropas irregulares del Gobierno a las fuerzas de Pancho Villa

PEQUEÑAS TRA-
GEDIAS DEL HOM-
BRE MUNDANO

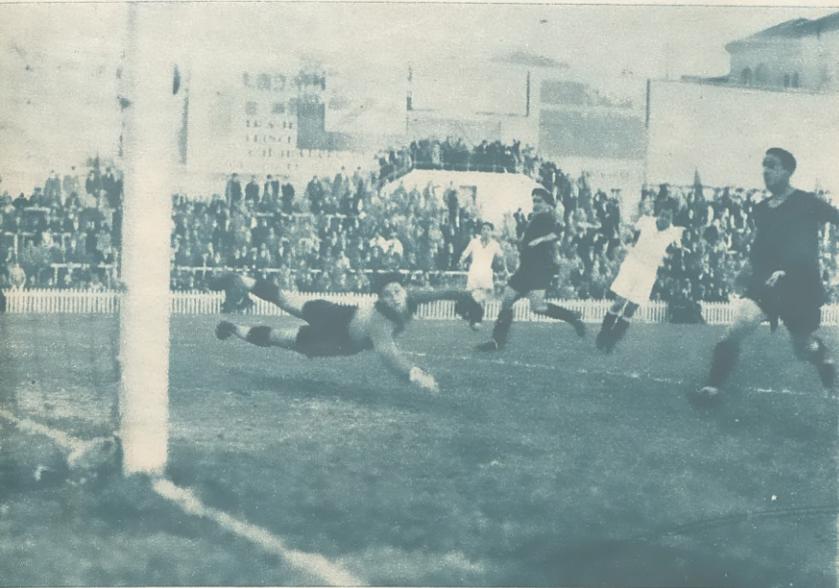
¡Tan
sencillo
como
parece
hacerse
el
lazo
de la
corbata!



1. La cosa, al principio, es fácil. Se pasa un extremo de la corbata sobre el otro...
2. ... se tira de él, y, conseguido esto, lo cual ya empieza a ser menos sencillo...
3. ... se procede a iniciar la lazada. Aunque para lograrlo haya que contorsionar un poco el cuello...
4. ... no importa. ¡Ahora empieza lo peliagudo! ¿Ah? ¿Qué pasa?

5. ¡Pues tiene que correr! ¡Aunque la haga cisco! ¡Corbatitas a mí!
 6. El lazo ya está hecho... ¡He hecho una birria, claro es! ¡Señor, qué lata! ¡Me está poniendo nervioso!
 7. ¿Cómo nervioso? ¡Desesperado! ¡Ea, se acabó; ni corbata, ni cuello, ni lazo, ni nada! ¡Ahora me «coloco» la bufandita, y en paz!
- (Fots. Montaña)

DEPORTES



Madrid.—A pesar de esta magnífica estirada de Nogués, el «shot» de Luis Regueiro llega al fondo de la red. El Madrid venció al Barcelona por cinco goals a uno en el partido amistoso último, durante el que demostró evidente superioridad (Fot. Videca)



Baracaldo.—En el partido Baracaldo-Osasuna, los de Pamplona consiguieron un difícilísimo triunfo por un goal, que convierte a los osasunistas en subcampeones. Esta acometida de los «rojillos» choca con los enérgicos defensas baracaldeses (Fot. Amado)

El fracaso extranjero

EN el intermedio futbolístico que va de los campeonatos superregionales al torneo de Liga, el Barcelona y el Madrid nos han ofrecido un partido amistoso. Encuentro de dos campeones tan significados, el éxito de público estaba asegurado; pero nada más que el de público, porque el deportivo fué un completo fracaso, del que queremos extraer una lección: la difícil adaptación de los jugadores

extranjeros al ambiente español. Está escrito que el partido fué malo, y preferimos omitir las circunstancias *agravantes*. Vencieron los campeones de Castilla, que de vez en tarde hicieron fútbol; detalle que se les olvidó a los campeones de Cataluña. Pero se ha insistido poco en el comentario acerca del papel desempeñado por el húngaro Berkessy, medio-centro azul-grana y auténtica figura de relieve en los campos de Europa.

El jugador centroeuropeo, que fué internacional famoso en su país, ha actuado en Francia varias temporadas antes de decidirse a jugar en España; y sin que nadie haya puesto en tela de juicio su clase excepcional, es lo cierto que ni con los franceses antes, ni con los españoles ahora lleva camino de emular sus brillantes hazañas húngaras.

La incrustación de los jugadores extranjeros en nuestros conjuntos, cuando en España se construye un fútbol nacional de primera categoría, no ha dado nunca buenos resultados. Ni los dará en lo sucesivo.

Para conseguirlo sería merester traer media docena de profesionales entre los internacionales más notables y... adaptarles al ambiente. Esto último sería siempre lo más difícil, porque en el deporte, como en todo, el carácter ha impreso su sello, del que es imposible desprenderse. Pero que en fútbol resulta, además, un motivo de diferenciación.

Viendo jugar a Berkessy, que tal vez seguiría siendo un futbolista extraordinario en Budapest, se podía comprobar la inadaptación a que nos referimos. Porque fué inútil que el atlético muchacho tratara de ensamblar con sus compañeros y que procurara acompasar el suyo al ritmo del partido. Sin ser un alarde de velocidad, tan pronto como el Madrid impuso una técnica rápida—la misma velocidad a que obligara a jugar al Barcelona al Racing cántabro, el Oviedo, el Betis y otros clubs—, el medio-centro húngaro se vió desbordado y, por fin, desfondado. Hasta que una oportuna lesión le obligó a retirarse del campo. Momento que aprovechó Guzmán para cubrir el puesto en calidad de suplente y cubrirle de verdad como futbolista de tipo español, infinitamente mejor que el extranjero.

No se trata del fracaso de Berkessy. Son todos los extranjeros lo que fracasarán. Hasta que se decida un día cualquier club a quedarse íntegro, con los once *pross* del Arsenal, o hasta que se resuelvan—y quizá

← Madrid.—He aquí el actual Barcelona F. C., campeón de Cataluña, que ha sido vencido por el Madrid el domingo último en Chamartín. De pie, el primero a la izquierda, el húngaro Berkessy, cuya actuación defraudó al público (Fot. Videca)

Bilbao.—Los donostiarras fueron vencidos en San Mamés por un Athletic que conquistó el título de campeón vasco. Los cuatro a cero fueron marcados a pesar de esta desesperada resistencia de los de San Sebastián, cuya meta fué de continuo asediada → (Fot. Espinar)



Barcelona.—El Polo Jockey Club ha organizado un concurso para amazonas, que fué una brillante fiesta deportiva. Esta bella aficionada logró una clasificación magnífica, después de un notable recorrido (Fot. Torrents)

esto fuera mejor—a no buscar fuera de casa nunca lo que pueden hallar, y también a preparar, a la sombra del pabellón de cualquier club histórico.

El «alirón» en Bilbao

Ningún año estuvo al principio el Athletic bilbaíno tan lejos del título de campeón vasco para concluir por alcanzarle.

La baja de los leones de San Mamés no fué una frase sólo al comienzo de la temporada oficial; ni entusiasmo, ni energía, ni calidad.

Hasta que se operó la reacción esperada, que pareció llegar demasiado tarde, y, no obstante, alcanzó plenamente el objetivo deseado: el título regional.

Coincidente con el esfuerzo del Athletic, fué avasallador el ímpetu arenero y la juvenil decisión de los de Pamplona. La batalla fué durante varias semanas porfiada, y en la última jornada los areneros fracasaron; derrotados los de Guecho y vencedores los de Pamplona, éstos serán subcampeones.

Ahora, torneo de Liga

El domingo próximo comenzará en toda España el campeonato más auténtico del fútbol nacional.

Aunque al final de la temporada el público llegue a electrizarse, influido por la emoción de los grandes partidos de Copa de España, con su febril eliminación por *k. o.*, es indudable que el concurso de Liga es la larga prueba donde la regularidad otorga unos títulos en los que el azar no juega papel alguno de consideración.

Esta vez estará aumentada la lista de los dos grupos. En primera división serán doce los clubs, y en segunda tendremos veinticuatro.

Ahora no hay sorteo ni fortuna. Partidos son puntos, y el que más suma, aquel gana. Todo sin trampa ni cartón.

SERGIO VALDES





La siega en Izarra (Alava)

No es frecuente hallar reunidos en una sola persona el dinamismo febril de los negocios y el repóso íntimo necesario para el cultivo del arte.

Estas dos difíciles cualidades se hermanan, sin embargo, en el notabilísimo paisajista vasco, que ha consagrado en el mundo artístico su seudónimo de *Joma*, mientras hace que su verdadero nombre se pronuncie con admiración y afecto en el mundo tan distinto de los negocios y de la Bolsa.

Y es que *Joma* ha sabido realizar en sí el maravilloso consejo del inmortal poeta latino:

... omne tulit punctum
qui miscuit utile dulci.

Tipo genuino de la raza vasca, soñadora y práctica al mismo tiempo, *Joma* sabe conservar, en el ajeteo de la vida, su preciada serenidad espiritual, y sabe también vivir los sueños dorados de la inspiración artística, sin perder por ello el contacto con la realidad tangible.

He aquí cómo juzga la obra artística de *Joma* el notabilísimo crítico de arte Juan de Irigoyen:

«*Joma* es un ansioso buscador de perspectivas, y vive el ritmo del paisaje, sintiéndolo en su variable cromatismo, alterado por las horas, por la cambiante flexión de la luz.

Luchador que conoce las resistencias a vencer en todo trabajo, lucha también en su pintura, y altera a veces su supuesto pictórico a sugerencias del momento, que le ofrece su sincera actitud ante el paisaje contemplado.

Por eso notamos en los cuadros de esta Exposición que se ofrece al público en el Salón Delclaux dos que pudiéramos tomar como caminos distintos del pintor.

En el uno, fuerza la re-

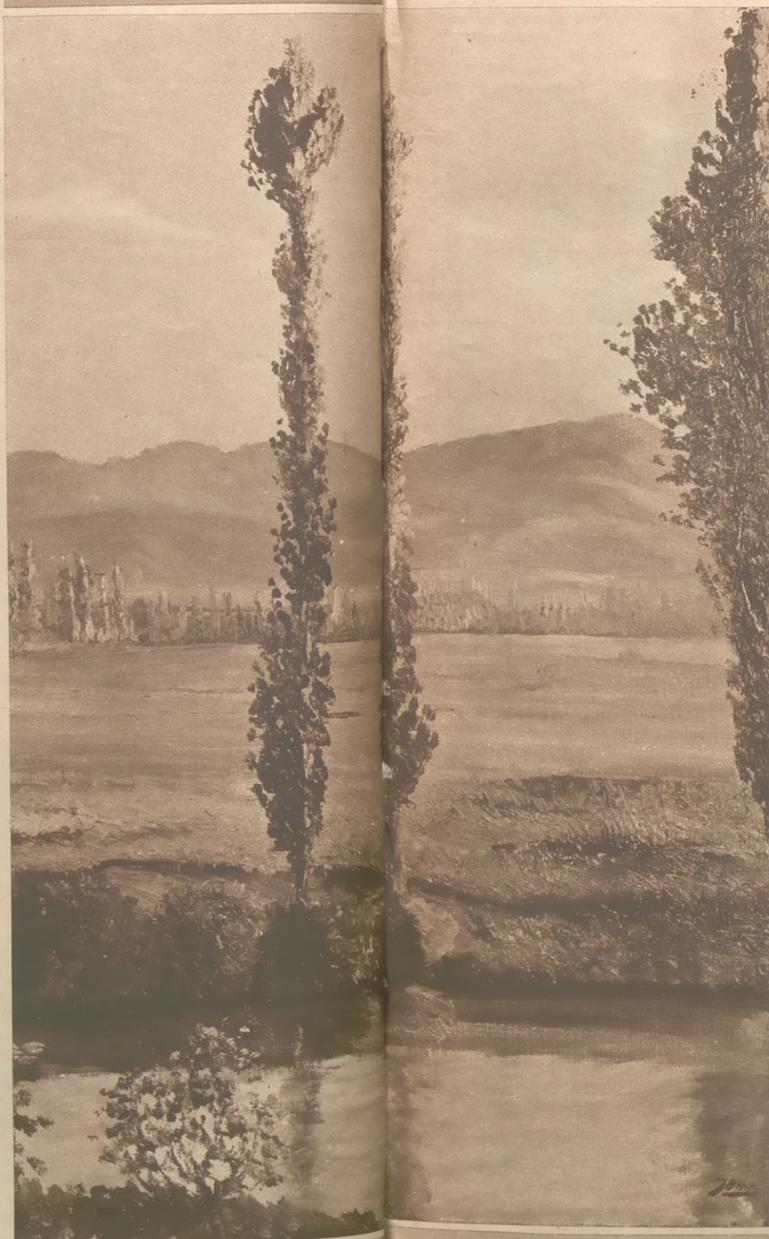


Campos de Izarra (Alava)

En el Salón Delclaux, de Bilbao, se está celebrando con enorme éxito la séptima Exposición de paisajes "Joma"

Las Exposiciones "Joma" constituyen desde hace varios años el principal acontecimiento artístico de la temporada otoñal en la populosa urbe vizcaína

En los paisajes "Joma" resplandece un estilo personalísimo, una interpretación mística y recoleta del alma campestre



Alrededor de Miranda



Larrabezúa (Vizcaya), después de una nevada

busca de la composición hasta encontrar modelo que se la dé hecha. Por ejemplo, el cuadro número 19, *Apodaca*, que parece dispuesto en elementos y términos para la composición del paisaje en escenario. En esta composición, de notable estabilidad, el artista ha graduado términos con gratas calidades, destacando quizá con excesiva dureza el trozo arquitectural de la iglesia, excesivamente perfilado, pero que actuaba en el paisaje de «verbo».

Joma encuentra sin esa acumulación elemento y materia para lucimiento de sus pinceles, tratando luces y colores en temas más sencillos. Y éste es el segundo camino, que nos gustaría lo pisara con la firmeza que cabe esperar de quien tan altas disposiciones pictóricas muestra. Para nosotros, atentos, pero simples gustadores del arte, los temas y modos de tratar los suelos en los segundos términos superan, con mucho, a las primeras porciones de terrenos baldíos o herbales, de distinta entonación; pero sin la acumulación discreta de grises, que maneja certeramente en aquéllos, como puede ofrecerse ejemplos con *Belunza* (número 32) y en *Aguilar de Bureba* (número 42), que señala el contraste del tronco de árbol de primer término, duro y de escasa calidad pictórica, con un rico y transparente segundo término, de gran calidad, y en *Belunza* (número 32), de suavísima lejanía.

Otro apuntamiento de novedad y evolución apunta en *Desde Altubea* (número 45) y *Gorbea en Marzo* (número 9), de un estilo nuevo en *Joma*, y que abre un paréntesis a la factura de fáciles avances de pincel que ha sido hasta ahora característica de *Joma*. Todos los procedimientos y técnicas son buenos cuando se tienen el fervor artístico, la habilidad técnica y el sentido del paisaje, que desbordan en la obra de *Joma*, cuyo éxito de este año es definitivo. No tiene apenas cuadro sin el recortado cartón de «Adquirido».

Esto, *Revista del Hogar*, atenta siempre a fomentar en los hogares de sus lectores el amor a la bondad, a la belleza y a la cultura, consagra gustosamente estas páginas a la obra de un gran pintor, cuya vida ejemplar es tan fecunda para el bien, como su actividad pictórica es fecunda para el arte.



«Las Muelas de Cellózi-go, desde Miranda

ROSTROS Y HECHOS DEL MOMENTO



El nuevo administrador apostólico de Oviedo

El excelentísimo señor don Justo de Echeguren ha sido nombrado administrador apostólico de la diócesis de Oviedo. El doctor Echeguren ha sido una de las más ilustres personalidades eclesiásticas de España en estos últimos años. Durante el infausto destierro del obispo de Vitoria, el doctor Echeguren sustituyó al santo prelado vasco, con maravilloso tino y prudencia, al frente de la diócesis de Vitoria. Ahora, después de la horrible tragedia asturiana, la figura del doctor Echeguren aparece sobre el sangriento horizonte de la diócesis de Oviedo como un feliz presagio de reconstrucción y de paz



Buques españoles para la Escuadra mejicana

En Bilbao se ha construido este «destroyer», que, en unión de otros buques de guerra, será entregado en breve a la Escuadra mejicana
(Fot. Elorza)



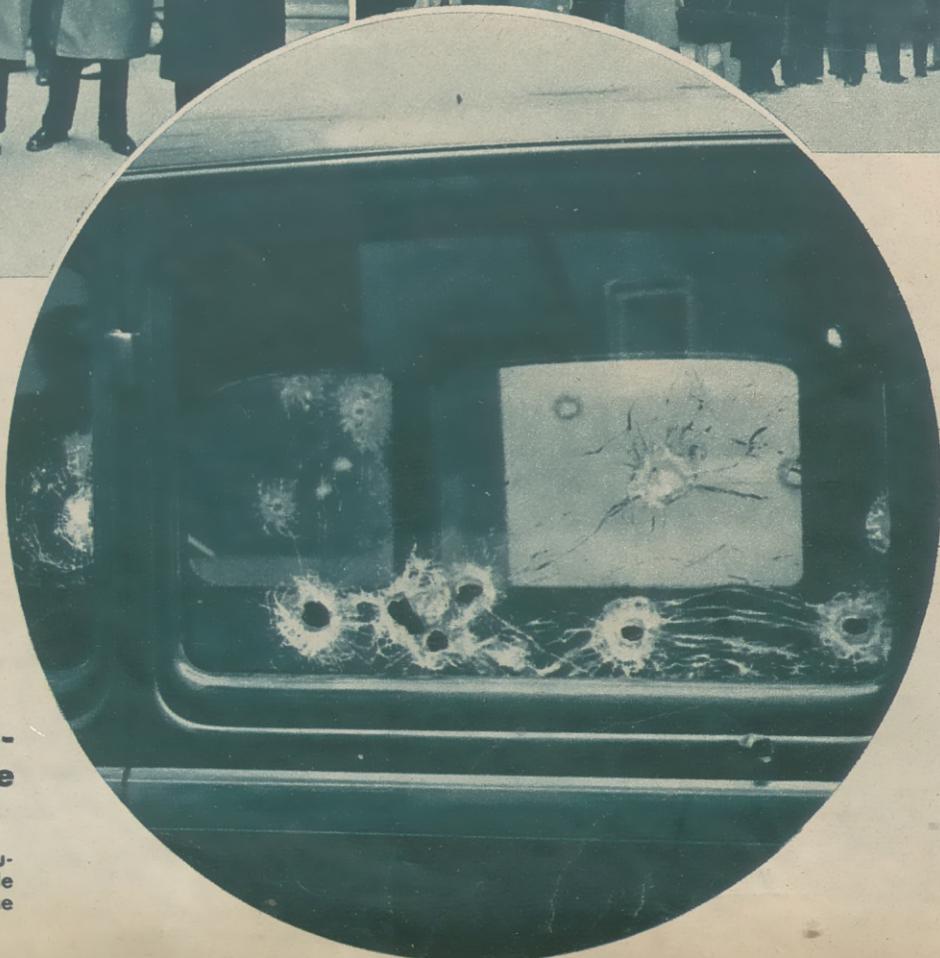
La Comisión de Supplicatorios en Barcelona

Se ha trasladado a Barcelona la Comisión de Supplicatorios que debía escuchar a los diputados que tomaron parte en los recientes sucesos. He aquí a la Comisión en el momento de llegar a Barcelona
(Fot. Torrents)



Los enlaces ferroviarios de Madrid

El ministro señor Cid, en su visita a las obras de enlace ferroviario, recorre el trozo de túnel Colón-Hipódromo, que aparece terminado



Del atentado contra el director de la Compañía de Tranvías de Barcelona

Estado en que quedó el coche que conducía al señor Veiga, víctima de un horrible atentado de pistolero. En el coche se aprecian más de treinta balazos



HOJA DE PLUMA

La caricia suave de una pluma. A eso queda reducido el paso de la hoja por la cara cuando se afeita usted con Jabón Gal para la barba.

Esa transformación agradable del afeitado, esa ausencia de molestias, ese deslizamiento de la hoja, se deben a la untuosa y abundante espuma, que no se seca y prepara la barba con toda eficacia. Note bien que se trata de una espuma especial. Ella hace de este Jabón el medio más práctico para afeitarse con la suavidad máxima.

ESTUCHE CARTÓN, 1,25; METAL, 1,50; NUEVO, DE ROSCA, 2,50
T I M B R E A P A R T E

JABON GAL

para la barba





Este sombrero en fieltro negro ofrece la disparidad de su estilo entre una multitud de sombreros de aplastada copa, plegando la suya alta y flexible para mejor emplazar el adorno de pequeñas plumas de faisán, en colores oscuros y contrastantes

La elegancia del presente indica rumbos definitivamente confortables en sus predilecciones, destinadas a lucir sus logrados aciertos a la luz suave del sol del mediodía y de la tarde

Modas

por

Amparo Brime



La jornada de nuestras elegantes comienza cuando el sol está a punto de traspasar el meridiano, porque las españolas, sólo por rara excepción, somos partidarias de madrugar. En París suele pasar algo parecido: la avenida del Bosque, la rue Royale, todos aquellos lugares de reunión de la distinción femenina, se ven animados por breve espacio de tiempo y cercanos los comienzos de la tarde. Plenitud de luz y plenitud del día para lucir las mejores galas destinadas a la ocasión de los paseos saludables, bajo la claridad difusa y cenital. Horas del *cock-tail*, de los cómodos zapatitos de ancha punta y medio tacón y del discreto *maquillage*.

Entre sus atavíos propicios figuran estos conjuntos del *trois-quarts*, práctico abrigo corto, o larga chaqueta, complementaria de su elegancia indiscutible y de su confortabilidad a prueba de escepticismos.

Boga de las telas rayadas propicia a combinarse graciosa y diestramente en los sencillos modelitos. En éste, la lana marrón y blanca destaca, por la distinta disposición del material, aquellos motivos principales, adornándose con el cinturón en cuero marrón pespunteado en blanco y los cuadrados botones de cristal natural



Deliciosamente invernal, el modelo muy actual en la elegancia de sus sobrias líneas, armoniza perfectamente su tonalidad marrón oscuro con aquella de las pieles de astracán que guarnecen la original disposición del cuello y su corbata

Traje enterizo, o mejor y más frecuentemente, integrado por la falda, el abrigo mencionado y la blusa o chaleco, todo ello perfecto en su armonía de líneas y color. En ellos, el estilo *tailleur* colabora con aquellas determinaciones de la fantasía que en su moderado proceder no alteran sus laudables propósitos de perfecta sobriedad de conjunto. Como interesante evidencia, tenemos este modelo en que las solapas complican su actuación con la corbata sencillamente anudada, y esa iniciación de medio cuello sobre la espalda. Traje en lana marrón oscuro, con pieles de astracán en su color exacto, deliciosamente invernal y acertado en todas sus tendencias.

Las lanas tejidas en motivos de grueso realce, las lanas oscuras de superficie tan poblada, como una piel de sedosas y finísimas hebras, o pelos de clara tonalidad, y esas otras en que la mezcla de varios tonos de un color mismo ofrecen la novedad más selecta del momento y la boga. Luego, estos abrigos en que las líneas características de los ropajes persas parecen inspirar sus bellos aspectos, plenos de juvenil sencillez, que adornan con admirable solicitud negras y lustradas pieles del astracán, sobre la negra uniformidad de sus tejidos mates en lana mullida y flexible, dócil material para el adaptado perfecto, gracia auténtica de sus apariencias admirablemente renovadas.

El cinturón caracteriza los abrigos deportivos, de amplias solapas y corte muy recto y ajustado, mientras que estos



Una vez más, las líneas fundamentalmente persas, en esa suave sencillez del conjunto, sirven de inspiración para este abrigo de gruesa y flexible lana negra, guarnecido con negras pieles de «kid» y labrados botones de un material negro y brillante

Encantadora sencillez, pródiga en amables líneas juveniles. Este abrigo, en grueso tejido de lana negra, responde a una inspiración marcadamente persa, y se guarnece con pieles de astracán negras y lustradas, que integran esa breve tira del ajustado escote y las amplias carteras de las mangas, originales en su logrado efecto de manguito



otros abrigos, bien cubran y sobrepasen el largo del vestido que acompañen, o dejen percibir un trecho de su falda, ofrendan la fácil actuación de sus seguidas líneas. La amplitud de sus cuellos clásicos es sustituida por esas estrechas tiras que trazan un medio cuello cerrado, que se amolda al cerco bien ceñido de su escote y queda abrochado a un lado, a la terminación del cruzado delantero.

Bajo estos largos abrigos, sea cual fuere su forma y procedimientos ornamentales, los trajecitos en fina y suave lana suponen grato ejemplo de cómoda obediencia a los preceptos de la Moda. Bien sean en un color liso o combinen dos colores, claro y oscuro, en su rayado unánime o distinto, la concisa interpretación de la fantasía se muestra en ellos de acuerdo con las recientes determinaciones. Según nos refiere con indiscutible elocuencia el presente modelo que adornan unos botones de cristal natural y el ancho cinturón de cuero marrón respuntado en blanco, en consecuencia con la lana marrón estriada de finas líneas blancas en que se confecciona, cuya disposición distinta subraya eficazmente los motivos de canesú en su ceñido cuerpecito y delantera en la ajustada falda.

Trajes negros, abrigos negros. Negros sombreros de fieltro o terciopelo de seda, de amplias alas planas y copa tan plana como sus alas, de breve forma originalmente ideada en líneas divertidas y absurdas y sombreritos.

PARA SER BELLAS

COSMETICA CASERA

Las virtudes curativas de algunas recetas fáciles de preparar por nosotras mismas rivalizan en muchos casos con las más costosas fórmulas, que, bajo la garantía de un nombre popularizado por una propaganda asidua, adquirimos y pagamos con esplendor en acreditados establecimientos.

Pastas, cremas y lociones a base de almendras, de eficacia segura en esta época en que los rigores de la temperatura maltratan la admirable tersura y la tonalidad uniforme y aterciopelada de nuestra tez, resquebrajándola, haciéndola más lívida o amarotándola por efecto del cierzo helado.

Las virtudes curativas y emolientes de la almendra para estas afecciones producidas por el frío son de reconocida eficacia. En ningún formulario de belleza, aun en los más remotos, faltan recetas a base de este componente, destinado a suavizar la piel del rostro y de las manos, y a limpiarla también con preferencia sobre otras materias.

La facilidad de obtener una loción suavizadora sólo con machacar almendras dulces o amargas en un mortero nuevo o destinado exclusivamente a este efecto, mezclándolas después con agua de rosas o de salvado, y pasando el líquido obtenido por un lienzo muy limpio, ha popularizado el uso de las almendras como producto de tocador muy práctico y recomendable.

La ciencia de la moderna cosmética ha avanzado mucho en este aspecto; pero a pesar de ello, los remedios clásicos son aceptados por la garantía de su eficacia para las irritaciones, resquebrajaduras y grietas de las manos, y para dolencias equivalentes de la cara. Como algunas señoras, según decíamos, prefieren hacer por sí mismas las cremas y demás elementos que usan en la restauración de sus pequeños defectos y molestias, les incluiremos fórmulas ya experimentadas y de absoluta inocuidad. Es decir, que aun suponiendo que no beneficien, por no estar precisamente indicadas en el caso que se emplean, tampoco perjudicarán.



Tez de nácar, manos como palomas blancas, suaves y perfectas en su aterciopelada tersura. El frío es contrario a tan efectivos testimonios de la femenina distinción; pero... el cuidado asiduo y consciente, a base de fórmulas como las adjuntas, puede conseguirlo fácilmente

Un excelente preparado para conservar blancas y suaves las manos es esta pasta, que se emplea en lugar del jabón para lavarlas:

Almendras pulverizadas, 250 gramos; harina de arroz, 25 gramos; lirio de Florencia, 25 gramos; jabón en polvo, cinco gramos; esencia de rosas, 10 gotas; glicerina en la cantidad suficiente para formar con el resto de los ingredientes una pasta homogénea.

La crema líquida de almendras, como loción, es también sencilla de preparar. Se machacan en mortero de porcelana unas doce almendras sin piel, dulces y amargas; se añade poco a poco agua de colonia de buena calidad, ligeramente alcanforada, para obtener un líquido espeso. Se cuele y se mezcla con leche de vaca muy pura, hasta llenar un frasco de medio litro. Esta crema se conserva mucho tiempo, y resulta más eficaz si se le añaden 50 gramos de glicerina neutra.

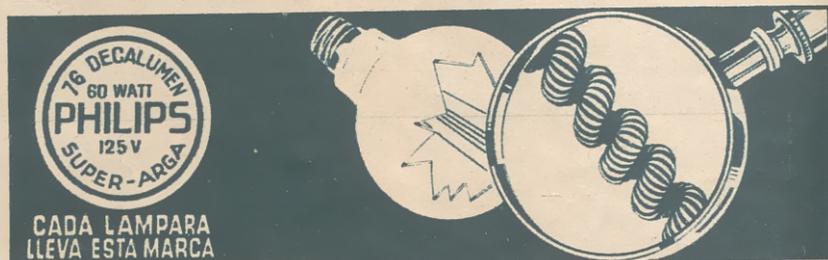
Por último, y para que haya para todos los gustos, vean ustedes una excelente receta de crema de almendras que puede usarse como base para los polvos o simplemente para limpiar los poros y evitar irritaciones del cutis:

Aceite de almendras dulces, 100 gramos; cera blanca, 13 gramos; blanco de belleza, 13 gramos; esencia de almendras amargas, dos gramos; algalia, 0,20 centigramos.

Puede aplicarse por la mañana, después de lavarse, o bien por la noche al ir a dormir, y siempre después de haber lavado el rostro con agua tibia.

MARGARITA DE ABRIL

UNA REVOLUCION EN LAS LAMPARAS ELECTRICAS



Se ha puesto a la venta en toda España la nueva
LAMPARA PHILIPS SUPER-ARGA
DE DOBLE ESPIRAL (Marcada en decalúmenes)

con numerosas y evidentes ventajas sobre las mejores lámparas existentes, como son:

1º FILAMENTO DE DOBLE ESPIRAL

Produciendo por consiguiente
Mayor luminosidad
Mayor resistencia y
Mayor rendimiento

2º CASQUILLO CROMADO

Para evitar en absoluto la oxidación y asegurar un contacto perfecto con el portalámparas.

3º MARCAJE EN DECALUMENES

Garantía exacta de potencia lumínica.

4º EMBALAJE ESPECIAL

Unico en España.

Convéngase por sí mismo de la inmejorable calidad de la nueva lámpara **SUPER-ARGA**, informándose en el establecimiento de su proveedor. Reducirá usted sus gastos de alumbrado, teniendo mejor luz.

PHILIPS

Hasta UN 20%
MAS
ECONOMICA

Super-Arga

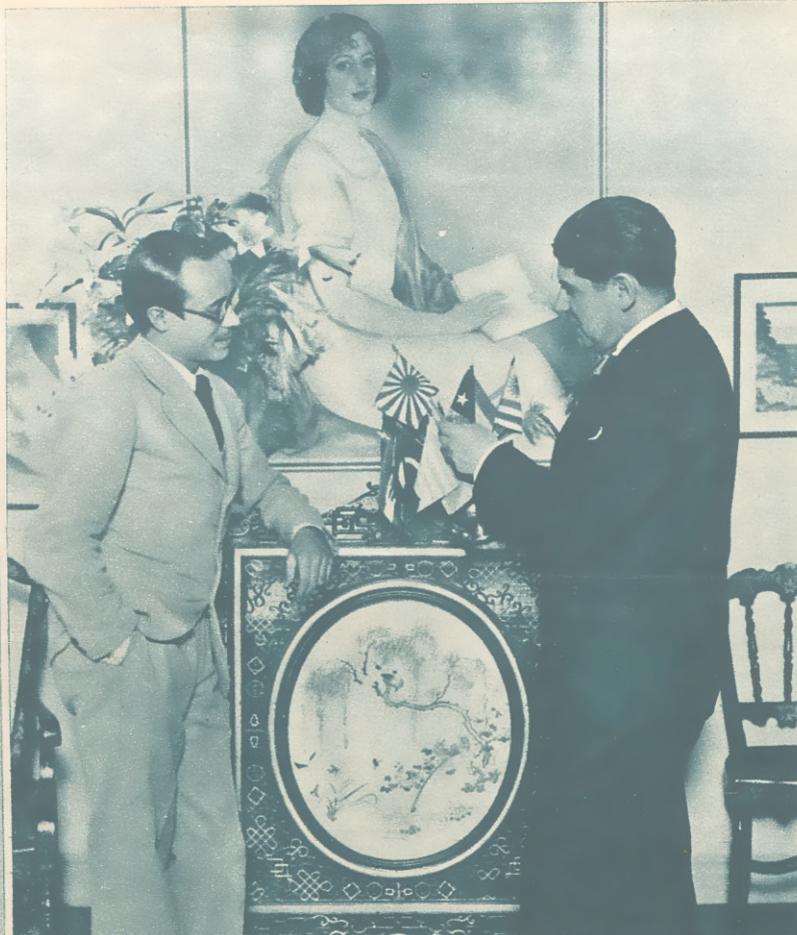
La lámpara con filamento a doble espiral
marcada en decalúmenes.

Arte del hogar



Esa exquisita simetría de las líneas suntuosas del «hall», blanco en la armoniosa sencillez de sus redondeadas paredes y sus abovedados efectos, en que destacan las barandillas negro oro de tan primorosa labor, como las rejas laterales, las patinadas entonaciones de las antiguas tapicerías, y esa mezcla admirable de estilos afines, propicia en un todo a la perfección del conjunto...

Después de una intensa labor española por las Repúblicas Hispanoamericanas, regresa a España Federico García Sanchíz



García Sanchíz muestra a nuestro compañero Horna las banderitas de los distintos países que lleva recorridos en su vida infatigable de eterno viajero (Fot. Cortés)

Un viaje alrededor del mundo sin salir del cuarto del genial charlista

A otro español que también triunfa en América, al conde de Guadalhorce

Adónde va..., de dónde viene Federico García Sanchíz? ¡Quién sabe! Unas veces su alma inquieta de andariego impenitente busca el colorido salvaje que rezuman los exotismos del Trópico; otras, su avidez de viajero se aplaca en el ambiente místico que rodea a las calles dormidas de Jerusalén; un día sigue la ruta que dejara marcada sobre los mares de Oriente Francisco Javier!..

Ya está otra vez en Madrid Federico García Sanchíz. Está aquí, en este despacho tan suyo, en este cuarto—reflejo fiel de la psicología de su dueño—, donde cada país visitado tiene su evocación imperecedera en un objeto exótico, pintoresco o histórico. Esto es tanto como decir que sin salir de aquí, y sin necesidad de forzar demasiado nuestra fantasía, podemos dar la vuelta al mundo; pero una vuelta al mundo donde sólo encontramos sugerencias agradables envidia espiritual de remota y opuestas civilizaciones, simbolizadas en los objetos que pueblan este inmenso atlas lírico que es el despacho de Sanchíz. Ahora, por ejemplo, ante el poncho pampeto y las boleadoras gauchas surge la evocación de la llanura argentina; tras de aquel biombo de seda, ébano y nácar, nos espera la espiritualidad de la inmensa China; un poco más allá, el recuerdo del Japón; en el otro rincón, los vestigios del imperio incaico...

Y por si la impresión visual no fuera bastante para la sensación viajera, la palabra gráfica del genial charlista—*causseau*, no; charlista—inflama nuestro espíritu con la emoción fuerte de la ruta desconocida:

—Mire estas tortugas; son carey del Mar Caribe... Y este pez de bronce tallado a martillo lo adquirí en el Tíbet... Aquí, un idolillo que perteneció a un igorrote... Esta figura tan grotesca es el dios de la abundancia china... Instrumentos de música indios... Estas estilizadas figurillas que parecen de vanguardia fueron construidas hace cerca de mil años... Una manta andina salpicada de espejos... Sombreros filipinos... Un pebetero árabe... Y así multitud de cosas evocadoras que nos arrastran a la aventura, siempre varia, siempre con un paisaje diferente. (El mercurio de nuestro termómetro sube y baja a cada cambio brusco de clima; la esfera de nuestra brújula da saltos de corzo sobre las montañas de números: 28° N.; 42° S. E.)

Ahora, el viaje por la América hispana—se dice así, ¿verdad, Federico?—, la exaltación patriótica, el calor de la raza, el triunfo del sentimiento españolista que ha vibrado en los pueblos hermanos oyendo la palabra sugestiva y llena de amor fraternal del insigne charlista...

—Un año ha durado mi *tournee* por las repúblicas hispanoamericanas, y, puede creerse, éste ha sido el viaje más emocionante y más afortunado de cuantos he realizado hasta ahora, no ya por mis éxitos personales, que nada valen comparados con la satisfacción de ver a los pueblos hermanos fundirse en un amor común bajo el signo glorioso del hispanismo. He recorrido el Uruguay, la Argentina, Chile, Ecuador, Panamá y Venezuela; en todos los países, idéntico entusiasmo ante la evocación de la madre patria. Otro aspecto interesante de mi viaje son los es-

tudios que he realizado sobre el terreno para preparar la labor que proyecto relacionada con el descubrimiento, la colonización y la independencia de América. Con esta finalidad he atravesado la selva virgen del Ecuador; he buscado los vestigios de pueblos aborígenes: los aztecas, los incas, los araucanos...

Parece mentira—dice García Sanchíz—que todos estos goces espirituales los deba a la ingratitud de los que me injuriaron y me expulsaron moralmente de España por el «grave delito» de no pensar como ellos. Por eso no les guardo rencor. Perc... ¡en fin!, aquello ya pasó. Si viera usted—continúa, como queriendo borrar el recuerdo desagradable—la noche de mi debut en la Argentina. Nunca he experimentado una emoción mayor que entonces. Se celebraban las fiestas del 2 de Mayo, absurdamente suspendidas en España, con una función benéfica para los españoles. Yo estaba en Montevideo y fui solicitado para actuar en el Teatro de la Opera de Buenos Aires. Desde luego, acepté; pero tenía la incertidumbre de cómo sería recibida mi actuación después de la campaña que se había hecho en contra mía por algunos periódicos españoles; con esta duda llegué al teatro, y con ella continué hasta el momento de subir al escenario. Pero no hice nada más que aparecer, cuando estalló en la sala la mayor ovación que he oído en mi vida. El público, puesto en pie, vitoreaba a España con un entusiasmo que yo nunca había conocido. Fue una explosión de españolismo inenarrable, que se prolongó durante toda la charla y que a mí me conmovió profundamente. Así empezó esta feliz etapa y así continuó hasta mi regreso.

Otra de las mayores satisfacciones que me ha proporcionado esta gira ha sido mi reconciliación con don Avelino Gutiérrez. Usted conoce a don Avelino, ¿verdad? Es un médico español que ha conquistado una personalidad destacadísima y un prestigio extraordinario en la Argentina. La primera vez que yo estuve en Buenos Aires, allá por el año 26, tuve un gran éxito en mis actuaciones, aunque desde luego menor que en este último viaje; di algunas charlas benéficas y fui agasajadísimo por las entidades nacionales y muy especialmente por las agrupaciones que tenían un carácter españolista. Pero había una Sociedad de gran importancia, la Cultural Española, presidida por don Avelino Gutiérrez, que no me invitó a ninguna charla ni entró en relación de ninguna clase conmigo ni con mis actuaciones. Me extrañó mucho aquella actitud, dada la significación españolista de la entidad, y como no encontraba ninguna justificación para tal proceder, hice pública mi extrañeza en algunos artículos publicados en la Prensa bonaerense; casi simultáneamente se publicaban otros firmados por don Avelino, en los que venía a decir que en América los españoles que hacían falta eran hombres de ciencia, y no artistas; yo, en otros artículos, dije que don Avelino era un gran cirujano y

un verdadero sabio, pero que mantenía un criterio absurdo en cuanto a mi actuación y la de otros artistas españoles; él me contestó y... ¡en fin!..., así mantuvimos una larga polémica, desde luego noble en todos sus aspectos, pero que nos distanció amistosamente. Regresé a España, y cuando algún tiempo después hice mi segundo viaje a la Argentina, la pugna con don Avelino continuó en la misma forma, manteniendo cada cual nuestros puntos de vista y sin que se vislumbrara fórmula de conciliación.

Pero he aquí que durante este último viaje, del que acabo de regresar, en uno de los banquetes con que fui agasajado—éste era en la Casa de Salamanca—voy a pasar al comedor, cuando me encuentro de manos a boca con el bueno de don Avelino, que había acudido espontáneamente al saber que me daban una fiesta; sin mediar palabra y comprendiendo yo lo que significaba la presencia allí de mi noble enemigo, a quien los acontecimientos de España habían hecho comprender la realidad, nos acercamos el uno al otro y quedamos fundidos en un abrazo que duró algunos minutos. Cuando los asistentes al banquete se dieron cuenta, prorrumpieron en una ovación formidable, y yo entonces expliqué lo que ocurría, y pedí que el banquete desde aquel momento pasara a ser para don Avelino. Así terminó el pleito entre dos españoles que, por distintos caminos, perseguíamos la misma finalidad de engrandecer a España en la tierra hermana.

—¿Otro episodio anecdótico? ¡Conservo tantos de este viaje! Ahí va uno que también tiene un gran sabor españolista. Fue en Montevideo. Un día iba yo con un amigo que es agente de Bolsa, por el barrio de los Bancos. Mi acompañante tuvo que entrar en la Bolsa a realizar una rápida gestión y yo quedé esperándole. Pero distraídamente, y sin darle importancia alguna, fui adentrándome en el edificio hasta llegar a la sala donde se estaban realizando las cotizaciones del día. Yo no sabía que allí estaba prohibida la entrada, y por eso me extrañó que, nada más verme aparecer, se paralizaron las operaciones y todos me miraban con asombro. Me acerqué y entonces fui reconocido por varias personas, que empezaron a aclamarme y a dar vivas a España; cuando se corrió la voz de que yo estaba allí, acudieron de todas las dependencias empleados y financieros, y pronto me vi rodeado de una multitud de personas que me rendían un espontáneo homenaje lleno de fervor españolista. Alguien sugirió la idea de una emisión de acciones que se titularían «¡Viva España!», y en pocos segundos los miles de millones imaginarios de pesos flotaban por el aire en un verdadero tributo de cariño que se le rendía a España en el *argol* financiero: ¡Aquí, quinientos mil pesos «Viva España!»... ¡Dos millones!... ¡Las acciones «Viva España» suben 40 enteros!...» Esta fue —termina Federico— la primera vez que la poesía se cotizó en Bolsa.

Federico García Sanchíz: Aquí culmina este viaje alrededor del mundo que tu palabra nos va señalando en un itinerario espiritual de españolía andante; aquí, Federico, en estas Indias fraternas donde tu voz supo infiltrar en el alma de los hermanos la visión luminosa de la España grande.

La actualidad gráfica



Toledo.—El gobernador (A), el alcalde (B) y demás autoridades, con los miembros del Congreso de Prensa Latina, durante los funerales por las víctimas de la revolución socialista
(Fot. Rodríguez)



Vigo.—Alumnos de francés del Instituto de Segunda Enseñanza, a bordo del buque de guerra francés «Villeville», surto en este puerto
(Fot. Pacheco)



Córdoba.—Interior de la Catedral (antigua Mezquita) durante los funerales por las víctimas de la revolución socialista
(Fot. Santos)



Bilbao.—Grupo de diputados y jefes del Partido Nacionalista Vasco, después de asistir a los funerales por el alma del fundador del partido, don Sabino de Arana y Goiri
(Fot. Amado)



Lugo.—Banquete ofrecido al general López Ochoa y a todos los jefes y oficiales de la guarnición, como homenaje a su actuación en Asturias
(Fot. Blanco)



Barcelona.—Bautizo del hijo de un cabo de Infantería. El niño nació la noche de los sucesos, mientras su padre estaba combatiendo y daba su sangre por la Patria
(Fot. Segarra)

a durante la semana



Zaragoza.—Señoritas que tomaron parte en el brillante festival benéfico del Teatro Goya, interpretando «Campamento húngaro»
(Fot. Chivite)



Valencia.—Inauguración de la Exposición de Arte Popular Rumano en la Asociación de la Prensa
(Fot. Vidal)



Pontevedra.—La Coral Polifónica, que va a girar una «tourné» artística por Portugal dando conciertos de música gallega
(Fot. Pintor)



Zaragoza.—Grupo de niños que representaron el bellissimo número «Muñecos vivientes», durante un reciente festival benéfico
(Fot. Aldea)



Orense.—Señoritas de la aristocracia que postularon por las calles a beneficio de la Cruz Roja Española
(Fot. Villar)



Madrid.—Grupo de asistentes a la Asamblea de Avicultura, celebrada en el Ministerio de Agricultura
(Fot. Alfonso)

Después de la revolución socialista

Cómo se hace en Asturias el desarme de las vencidas fuerzas revolucionarias



Un montón de armas recogidas por fuerzas de Carabineros a los rebeldes cuya detención se ha realizado últimamente

TRAS las jornadas sangrientas en que se desataron las pasiones y la barbarie roja se enseñoreó de Asturias, ha renacido la calma. Ya no se oye por los montes de aquella región el tableteo de las ametralladoras, y la dinamita no martiriza las poblaciones del Principado. Los soldados de España—casco plumizo, pesado capote pardo y ojo avizor sobre el fusil en acecho—caminaron por los valles y riscos restableciendo el imperio de la ley, violada.

Sobre el verdor perenne de aquellas campiñas, el dramatismo cruel de la guerra fué breve, pero intenso. La insurrección cedió al contacto de los Ejércitos nacionales, y luego, en las ciudades, el fervor de las multitudes emocionadas vibró en el aire como una oriflama de santo patriotismo. Se había logrado—a fuerza de heroísmo y de sacrificios—la paz material; pero aun quedaban, con el torvo despecho de los vencidos, muchas armas mortíferas que eran un peligro para la pública tranquilidad. Las autoridades empezaron la labor del desarme, anónima, ingrata, llena de peligros, sin opeles y sin brillantes.

Quiénes hacen el desarme

Aunque todavía actúan en Asturias tropas del Ejército en operaciones de vigilancia y servicios de guarnición y seguridad, las tareas del desarme están encomendadas a fuerzas de Orden público, principalmente a la benemérita Guardia civil, cuya ímproba labor y eficazísimo celo están siendo unánimemente reconocidos y alabados.

Dirige las operaciones del desarme el comandante del benemérito instituto señor Doval, persona muy conocedora de la región y de la psicología de los revolucionarios asturianos, por haber desempeñado durante varios años el puesto de capitán en Gijón.

Los guardias que actúan en este cometido son, en su mayoría, voluntarios, procedentes de todas las Comandancias de la Península, que ponen todo su entusiasmo al servicio de la importantísima labor que realizan, y que hasta ahora viene dando positivos resultados.

Otro factor importantísimo en el desarme es la ayuda que los ciudadanos prestan a las fuerzas encargadas de realizarlo, facilitándoles pistas seguras y sirviendo de intermediarias entre éstas y los revolucionarios huídos, para que éstos entreguen el armamento.

Dónde están las armas

Del 18 al 19 de Octubre se produjo el hundimiento de los «frentes» rebeldes, y las tropas ocuparon pacíficamente las cuencas mineras de Mieres, Langreo y

Aller. La inmensa mayoría de los revoltosos abandonaron las armas y se refugiaron en sus casas, fingiendo que ninguna participación habían tenido en los sucesos. Otros hicieron lo mismo; pero escondieron el fusil en las minas o en algún lugar seguro, y hubo bastantes que viéndose completamente comprometidos huyeron a los montes con todo el armamento, dispuestos a defenderse en tanto no podían pasar los puertos y refugiarse en otras provincias.

En el primer caso, el desarme fué facilísimo. En los campos, iglesias, bocaminas, y hasta tirados a lo largo de las calles y caminos, en Oviedo, Mieres y otras poblaciones, los soldados recogían fusiles y escopetas, que amontonaban en sus cuarteles.

En cambio, en el segundo y el tercer caso fué necesario organizar una ordenada tarea policiaca, de la que se encargó la Guardia civil, con el comandante Doval al frente.

Para el segundo caso, el procedimiento más eficaz es el de los registros domiciliarios. Los guardias, con las listas de sospechosos en la mano, recorren los domicilios, haciendo registros y practicando detenciones. El procedimiento da siempre buen resultado. Cuando falla el primero—que es casi siempre—, los detenidos terminan por «cantar», y los parques de depósito se aumentan con una nueva arma. A lo largo de este mes de Noviembre se han recuperado por tal sistema millares de fusiles, la mayoría procedentes del saqueo de la fábrica de Oviedo.

Pero lo más difícil y lo que más dificulta el restablecimiento total de la normalidad en las comarcas hulleras es el del tercer caso, esto es, el de los huídos al monte, que merodean con sus armas, y que seguramente han ocultado muchas de los demás, creando un problema de orden público que hay que resolver inmediatamente.

Hasta el total desarme no se trabajará en las minas

Para acabar con esto, las autoridades han adoptado medidas de singular transcendencia.

La primera es la de no abrir las minas en tanto que el desarme no sea absoluto. Esto apremia a los mineros a entregar los fusiles, si no personalmente, porque les comprometería, sí mediante anónimos. Por conducto de estos anónimos ha descubierto la Benemérita gran cantidad de material de guerra.

Otras veces recurre la autoridad—en los casos de culpabilidad reconocida y de contumacia en la resistencia—a la detención de los familiares del huído y la ocupación momentánea de sus bienes, para respon-

der con ellos del armamento robado. También este procedimiento está dando un resultado maravilloso, pues son muchos lo que se entregan con armas y dan noticias de sus compañeros fugitivos.

Por otra parte, las confidencias aisladas permiten seguir pistas con las que luego se descubren verdaderos arsenales. Por una de estas confidencias se apoderó la Guardia civil de 200 bombas, 64 armas largas y gran cantidad de municiones y explosivos, que estaban ocultos en una escombrera de unas minas de Mieres.

Los socialistas dan órdenes para ocultar las armas buenas

Aunque la revolución ha sido vencida, aplastada en su aspecto militar, continúa en algunas organizaciones sindicales, como, por ejemplo—y cito el más característico y peligroso—, el Sindicato Minero, afecto a la U. G. T. y controlado por los socialistas.

A los afiliados de este Sindicato se les ha dado—y esto lo han comprobado las autoridades, que lo hicieron público—orden de no entregar más que las armas de poco valor y escasa eficacia, como escopetas, fusiles viejos y algunas bombas. Las demás—los magníficos fusiles máuser y las pistolas traídas de matute de Francia—deberían de ser cuidadosamente ocultadas en sitios seguros.

El celo de los guardias en el cumplimiento de su difícil deber, del que ya antes hablé, está frustrando el criminal intento de los marxistas, y poco a poco las armas van apareciendo.

De los trece mil fusiles robados en Oviedo, más los de los guardias caídos en los primeros días y de los alijados por el *Turquesa*, han sido recuperados la mayoría.

Sólo en el día 22 de este mes se recogieron 188, y así casi todos. Ello da idea de cómo trabajan los beneméritos civiles.

Se están recibiendo a diario confidencias de depósitos en minas y casas campesinas, y no se hará esperar el absoluto desarme de la comarca.

Sin embargo, han sido recuperadas pocas pistolas. Claro está que éstas se ocultan más fácilmente; pero las autoridades tienen confianza en que en poder de los elementos rebeldes no quedará ni un arma ni un explosivo.

Que así sea, por el bien de España, y que Asturias pueda reanudar pronto su vida normal de trabajo y de paz.

Teatro

«¡Arriba!», comedia de don Manuel Gutiérrez Navas.

Es Manuel Gutiérrez Navas un humorista de pura cepa española; por eso, la base de su humorismo estriba fundamentalmente en la ironía; está, más que en el concepto, en la expresión. El humorismo inglés resulta pesimista por el ansia de cambiar el concepto; es una lucha constante con lo objetivo, un ansia angustiosa por cambiar lo que existe de por sí. La ironía española, contra todo lo que se ha dicho de nuestra tristeza, es más positiva, deja que el hecho exista; pero lo ataca con la flecha de un comentario mordaz, o con una frase de falsa conmiseración, o con el certero apunte de una ridiculidad.

Así, en esta simpática comedia, lo más grato es el optimismo, el tono amable de buen humor con que se construye la ficción de una comedia para decirle a un mundo tan serio, tan formal y tan ordenancista como el de la Banca, que todos sabemos que algo fallará, a pesar de tan formales apariencias, y que quien sepa utilizar las pasioncillas, los orgullos, los celos y las ambiciones triunfará en ese mundo como en todos, y más aún si se apoya en un afecto leal y sincero.

Y esto sin estridencias, sin acritudes, sin ataques violentos, sin querer destruir nada, sin enfadarse con nadie. Es el gesto de un hombre que ha visto mucho, que conoce el mundo y sabe muy bien que los hombres y las mujeres son lo mismo en todas partes. Y para quitar el dejo amargo que tiene siempre la experiencia, el motivo satírico, el fundamento de la amable burla graciosa es un canto a la eficacia creadora de la voluntad, del entusiasmo y la energía que llega a hacer realidad lo que se imaginó como fantástico.

La comedia, clara, jugosa, ágil, alegre y sana, se logra en un diálogo transparente, sin retorcimientos, sin chistes; pero de una gracia constante de ingenio, de expresión y de situaciones.

«Tú gitano, y yo gitana»

Es tan grande la fuerza del color y del carácter de Andalucía, que aun quien sólo lo percibió de lejos en el espíritu de unas coplas, en las notas costumbristas de un libro, puede hacer algo que, a pesar de la palidez que ha de darle la lejanía del modelo, tenga aún atractivo para captar e interesar a un público, no por el interés del asunto, sino precisamente por lo poco que aparece de esa Andalucía empalidecida y mixtificada.

Nada sabe el autor de Andalucía ni de sus costumbres, ni sabe distinguir en



Una escena de «Memorias de un madrileño», comedia de don Jacinto Benavente, estrenada en el Teatro Lara

las características generales lo particular; ignora, no ya los modismos, sino aun los términos usuales de expresión; toda la comedia se desenvuelve en un enorme tópico; no hay más que color, brochazo y chafarrinón y, sin embargo, se impone al gusto del público. Como experiencia es curiosa; pero como procedimiento y precedente, detestable, porque el éxito viene a decir a los autores amantes de la comodidad que sobra toda documentación y que basta lo genérico, la parte de fábula y capricho que en lo pintoresco flota siempre sobre la verdad.

Las dotes poéticas del autor, demasiadas al principio de la obra, donde se prodigan cantos artificiosos a todo, se van refinando luego a fuerza de uso en el diálogo hasta alcanzar una nota digna. La construcción teatral, el asunto vulgarísimo, el desarrollo, todo está sumergido por oleadas de versos que se imponen y se prodigan como si los versos fueran lo principal en el teatro.

Acaso, así lo deseamos, se trate de un caso de exuberancia juvenil de primerizo, y como se va ahormando y conteniendo a lo largo de los tres actos, se contenga a lo largo de otras obras para ganar en síntesis y en expresión lo que pierdan en cantidad.

«Memorias de un madrileño», comedia de don Jacinto Benavente.

Ha construido su comedia don Jacinto Benavente por un sistema muy parecido al de la receta que para hacer un cañón recomendaba que se co-

giera un agujero. El agujero está representado; el asunto, inexistente, entelequia teatral en la mente del autor, y el metal con que había que rodearlo, son unas admirables escenas y unos espléndidos tipos, que vienen a ser para el público como los que en primer rango, en un desfile callejero, van diciendo a los de atrás, a los que por mucho que estiren el cuello no alcanzan a ver nada, algo de lo que va pasando: unas veces un hecho; otras, ni siquiera eso, un comentario, que tienen que dar por bueno, puesto que desconocen la causa que lo motivó.

De tal manera está ausente el asunto, que llega a no significar nada en el pensamiento del autor. Lo fundamental, lo importante es la evocación del Madrid de antaño.

Pero aun en esto, la emoción del público se aparta de la que quiere sugerirle el autor; porque está de acuerdo con él en echar de menos aquel Madrid llano, demócrata, efusivo, simpático y cordial; pero cuando nos señala, como representantes de él, aquella marquesa de complicada vida amorosa, aquel parásito gorrilla y vividor, que ni trabajó nunca ni hizo nada de provecho, y aquel servidor tan servil, tan propicio a todos los menesteres, los tres muy sentimentales y muy satisfechos de lo que eran, los admiramos como documento maravilloso, como tipos perfectamente acusados; pero al verlos ensalzados por el autor como representativos de una época, se llega a pensar que no era tan bella como se pinta y aun que dejaba algo que desear.

Porque en la pintura hay poco de ob-

jetivo y peca de unilateral, no se pinta más que esta parte; y, una de dos: o falta la presencia de lo bueno y lo honrado, o falta que el autor diga o sugiera: si esto que acabo de presentarles como tan simpático era lo malo, ¡cómo sería lo bueno!

«La casa de las tres muchachas», comedia lírica de los señores Tellaeche y Góngora, música de Schubert, adaptada por el maestro Sorozábal.

El mayor acierto de los autores es el de haber sabido teatralizar, sin desnaturalizarlo, sin hacerle perder nada de su finura y de su poesía, el delicado, el amable y dulce ambiente de la Viena de 1820, tan culto, tan exquisito, tan lleno de sugerencias y de un romanticismo impreciso que era como el espíritu de la encantadora ciudad.

Tan difícil empeño está logrado por completo: andaban en ello manos de poeta, se centraba en él la figura atractiva y dulce de Schubert y estaba dándole carácter y color constante la música del compositor, tan celoso de sus dramas íntimos, de sus anhelos y desesperanzas, que supo guardarlos para sí y sólo aparecen en sus composiciones para dar emoción y grandeza y hondura a las alegrías que él percibía en el ambiente.

«La del manojo de rosas», sainete de los señores Ramos de Castro y Carreño, música del maestro Sorozábal.

Algo notaron los autores que flaqueaba en el libro: a fuerza de estirarlo como una banda de goma, vieron que adelgazaba con peligro de romperse. Cuando sucede esto, parece lo natural aflojar la goma para que vuelva a su posición normal. No lo han entendido así los autores; querían conseguir la longitud de los dos actos, y lo que han hecho es poner hilos y atadijos a la goma; así no parece tan delgada; pero por dentro es lo mismo, y el peligro de que salte, igual.

La acción sucinta, como para un verdadero sainete en un acto, como deben ser los sainetes, aparece tan cubierta por incidentes, trucos, personajes de segundo, tercero y hasta cuarto orden, que casi se pierde; en todo lo que sucede en escena tiene la clara lógica, la veraz motivación, el hondo realismo interno que es sustancia del género; pero es alegre, gracioso y está valorado por una partitura llena de carácter, de finura y de sustancia madrileña castiza.

JORGE DE LA CUEVA



Una escena de la obra «Tú gitano, y yo gitana», estrenada en el Teatro Eslava (Fots. Videá y Cortés)



Un interesante cuadro de «La casa de las tres muchachas», estrenada en la Zarzuela



Arriches, Estremera y el maestro Rosillo, han estrenado en el Ideal un sainete, titulado «Paquita la del Portillo»



El religioso jesuíta P. Martínez, bárbaramente asesinado por los socialistas de Asturias

DOS RELIGIOSOS

de la **COMPAÑÍA DE JESUS**
ASESINADOS POR LOS
SOCIALISTAS DE ASTURIAS



El religioso jesuíta H. Arconada, bárbaramente asesinado por los socialistas de Asturias

A medida que va normalizándose la situación vamos conociendo nuevos detalles de la tragedia desarrollada durante el pasado mes en las montañas y en las ciudades de Asturias.

Los que hipócritamente se dicen «enemigos de la guerra y de la pena de muerte», no solamente promueven una guerra fratricida, guerra sin nobleza, llena de emboscadas y de traiciones, sino que aplican bárbaramente la pena de muerte, sin sujeción a Código de ninguna especie, castigando con la última pena, no ya los delitos, sino aun las más íntimas opiniones de sus víctimas.

He aquí la conducta, confirmada por irrefutables documentos concretos y gráficos, que brindamos a la consideración de ciertas Comisiones investigadoras enviadas a nuestra patria por los socialistas extranjeros.

El «caso» de los jesuítas Padre Martínez y Hermano Arconada es de los que merecen verdaderamente el envío de Comisiones investigadoras de todo el mundo civilizado, no para juzgar humillantemente a España, sino para enaltecer la memoria de estos españoles heroicos y para condenar enérgicamente el salvajismo de los apátridas secuaces del judío Marx.

He aquí la relación documentada que nos envía un queridísimo amigo nuestro, hermano de una de las víctimas, después de haber recorrido personalmente el teatro de los sucesos:

«El día 4 de Octubre, en el tren rápido Madrid-Gijón, volvían de Carrión el Padre Emilio Martínez y el Hermano Arconada. Salieron de Palencia a las cuatro de la tarde, y en vez de llegar a Gijón el mismo día, a las diez de la noche, llegaron a Ujo el día 5, a las cinco menos cuarto de la mañana. Los revolucionarios impidieron que el tren continuara su camino, y el Padre y el Hermano salieron cautelosamente de la estación, preguntando por el señor Muñiz, padre

de sus hijos; pero nada pudo conseguir el Comité revolucionario, que mantuvo la sentencia de muerte de los que llamaba «embaucadores del pueblo». Prisioneros en la Casa del Pueblo, durante diez horas estuvieron oyendo insultos y



Casa del Pueblo de Santullano, donde los dos jesuítas fueron cruelmente escarnecidos y condenados a muerte

de alumnos nuestros, buen señor y católico práctico. Y como en el pueblo hay otro señor Muñiz, los encaminaron a casa de don Dionisio Muñiz, por quien no preguntaban. Este señor lós recibió bondadosamente, proporcionó traje seglar al Padre Martínez y los tuvo hospedados dos días, hasta el domingo día 7, en que a eso de las nueve y media de la mañana se presentaron los del Comité revolucionario para registrar la casa, en busca de armas, y se llevaron presos a don Dionisio y a un hijo político de éste. Mientras se hacía el registro, el Padre y el Hermano, temiendo comprometer a la familia, huyeron y buscaron asilo en otra casa, junto a la Estación. Sólo estuvieron allí un cuarto de hora, porque no pareciéndoles tener seguridad, aconsejados por el señor Junquera, de Gijón, que allí estaba también en igual condición que ellos, resolvieron dirigirse a Oviedo, y los tres juntos huyeron al monte, caminando por una ladera una hora larga. Hacia las doce del día, los vieron bajar a la carretera, por el camino llamado «La Tejera», ya en el término de Santullano, y a los pocos minutos fueron capturados en el puente y conducidos a la Casa del Pueblo, donde fueron condenados a muerte. Al señor Junquera querían también matarle, por fascista; pero se interpuso un antiguo capataz de minas, José Iglesias, que defendió a Junquera, a quien pusieron en libertad, con un salvoconducto que escribió el Padre Martínez y ellos firmaron con un garabato, pues no entendían mucho de pluma. El señor Iglesias se interpuso e interesó igualmente por el Padre

← El Ayuntamiento de Mieres, donde estuvo instalado el Comité revolucionario que autorizó el bárbaro crimen



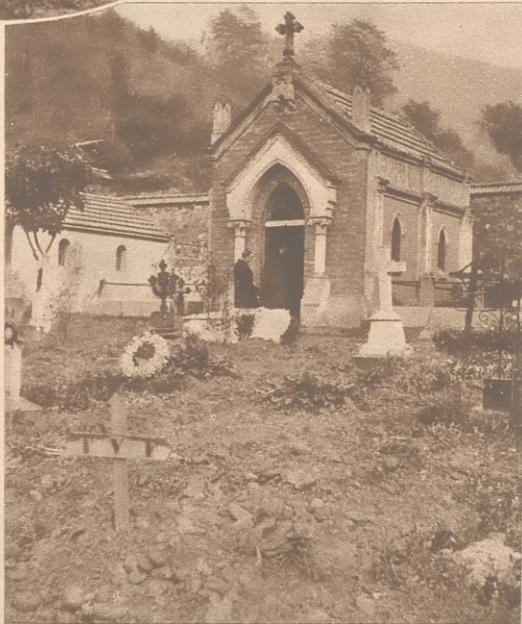
La célebre Fundación Revillagigedo, en Gijón, donde el P. Martínez desplegó sus actividades de educador y de apóstol en beneficio de los obreros





Fosa donde fueron enterrados provisionalmente los cadáveres de los dos jesuitas, juntamente con el del sargento señor Escribano

Panteón donde reposan los restos de los mártires de Cristo Rey en el cementerio de Mieres →



escucharon blasfemias atroces. Al atardecer, por no haber tomado nada de alimento desde el desayuno, pidieron un poco de café con leche.

De allí, hacia las diez de la noche, los sacaron en una camioneta. Y al llegar a la bocamina llamada «La Coca», próxima a la entrada de Mieres, les mandaron bajar, diciéndoles: «Ya ha llegado el término del viaje.» Y en la misma entrada de la bocamina, junto a la cuneta, al ver que les apuntaban con los fusiles, se abrazaron, y dando un «¡Viva Cristo Rey!», presentaron sus pechos a las bocas de los fusiles, y mortalmente heridos por las balas, cayeron en un charco de sangre. Después condujeron sus cadáveres al cementerio de Mieres, con el sargento de la Guardia civil don Tomás Escribano, hasta el día 8 por la tarde, en que fueron enterrados

a la cintura. En último lugar, se sacó el cadáver del Hermano Arconada. Para identificar el cadáver del Hermano Arconada nos sirvió el traje, los zapatos, el cabello y hasta un calzador que el enterrador le encontró en el bolsillo de la americana. De todo lo demás: relojes, rosarios, medallas, más unas 150 pesetas que debían traer consigo, de todo habían sido despojados los cadáveres.

los tres en la misma fosa. Todas estas investigaciones las hice el día 22 de Octubre, con el Hermano Joaquín Egozcue, preguntando a muchas personas que los habían visto ir por la ladera del monte, bajar a la carretera y ser capturados en la entrada del puente de Santullano. Vimos y reconocimos minuciosamente el lugar del fusilamiento. Hablamos con el obrero que oyó la descarga, y con la esposa de éste, que por la mañana del día 8 lavó la sangre en la boca-mina «La Coca», y escuchamos todas las señas personales del Padre Martínez y del Hermano Arconada. Desde este sitio fuimos al cementerio de Mieres, y el sepulturero nos volvió a repetir las señas personales del Padre y del Hermano, señalándonos la fosa en que descansaban sus restos mortales con los del sargento señor Escribano.

De todas las investigaciones verificadas el día 22 sacamos la certeza moral de que habían sido cruelmente fusilados por ser religiosos y de la Compañía de Jesús.

El día 24, y con autorización de la Comandancia de Oviedo, volvimos a Mieres para identificar, exhumar y dar cristiana sepultura a los cadáveres del Padre y del Hermano.

Preparadas en primer lugar las cajas, avisada la Parroquia y acompañados de médicos, testigos y amigos, a las doce de la mañana se empezó a abrir la fosa, apareciendo el primero el cadáver del sargento. Después, el del Padre Martínez. Para su identificación sirvieron las medias, la chaqueta prestada por don Dionisio Muñiz, quien la reconoció al instante, y, sobre todo, hizo desaparecer toda duda la faja, que conservó al despojarse de la sotana, y que le daba tres vueltas



Don Francisco Martínez, hermano de una de las víctimas, agradeciendo al señor Muñiz y su familia la generosa hospitalidad brindada a los mártires



La boca-mina llamada «La Coca», donde fueron asesinados los dos jesuitas el 7 de Octubre de 1934, a las once de la noche, mientras gritaban: «¡Viva Cristo Rey!»



Interior del panteón

Colocados los cadáveres en sus cajas, recibieron cristiana sepultura con todas las ceremonias de la Santa Iglesia Católica, y quedaron en el cementerio de Mieres, en dos nichos de un hermoso panteón, que doña Sabina Méndez Rocas ofreció caritativamente, considerándose honrada de recibir en el enterramiento de su familia los restos de nuestros Hermanos. Están sepultados según se entra a la derecha, en los nichos superiores, los dos en línea recta: próximo al altar, el Padre Martínez, y a continuación el Hermano Arconada.

Al cadáver del sargento don Tomás Escribano también le pusimos en su caja y se le sepultó con las ceremonias de la Iglesia.

¿Para qué vamos a poner comentario alguno a esta relación conmovedora? Nuestro mejor comentario es pedir, como se lo pedimos encarecidamente a nuestros lectores, que eleven a Dios sus plegarias para que convierta los corazones de los verdugos y ensalce con los supremos honores la santa memoria de las víctimas. Si, como es de esperar, llegara a probarse canónicamente el martirio de estos dos héroes, la Iglesia Católica, Madre de todos los Santos, los pondría seguramente a la veneración de todos los fieles del mundo.

Esto, Revista del Hogar, hace fervientes votos para que se realice este deseo y el martirologio católico se aumente con estos dos nombres de queridos y heroicos compatriotas.

Nota de la Redacción.—Profundamente respetuosos con las normas sapientísimas dictadas por la Santa Iglesia, declaramos que a las palabras «mártires», etc., empleadas en este artículo, les damos un sentido meramente humano, sin que pretendamos por ello anticiparnos al juicio que en su día pueda emitir la Iglesia, única infalible en estas materias.



Carretera y puente de Santullano, donde fueron capturados los dos jesuitas hacia el mediodía del 7 de Octubre pasado

ROSTROS Y HECHOS DE LA ACTUALIDAD



TARRASA.—He aquí un grupo de asistentes a las bodas de plata del matrimonio don Domingo Gros Serra y doña Encarnación Florido Merino, apreciadísimos en aquella ciudad



MADRID.—En los salones del Círculo de la Unión Mercantil se ha celebrado la Exposición de Carteles para el gran diario gráfico de la noche "Ya"

(Fot. Cortés)



LUGO.—Distinguidas señoritas han repartido obsequios y medallas religiosas a las tropas que tomaron parte en los sucesos de Asturias

LA CORUÑA.—El capitán don José González Villar y el teniente don Hipólito Otero, que mandaron las fuerzas del Regimiento número 8, de Infantería, en Asturias →





Recordando la temporada pasada

«TIPOS» DE AFICIONADOS

SEGURAMENTE que a tu lado, querido lector, habrás padecido en alguna tarde de toros a ese tipo de aficionado que vocifera, gesticula, grita y se mueve en su asiento, con gran molestia para sus vecinos de localidad. A mi lado, en una de las últimas corridas celebradas,



«Tipo» de aficionado que gesticula, grita y molesta a los demás aficionados. Lo mismo puede ser el que ha alquilado la ropa de torear que lucen los diestros, que el aficionado-guitarra...

presenció la lidia de los seis toros un «tipo» de aficionado-sonoro, que se pasó la tarde diciendo a los matadores:

—¡Granuja, hay que arrimarse al toro! ¡Estafador, que te llevas quince mil pesetas por torear con el pico de la muleta! ¡Cobarde! Entra en corto y por derecho, a ver si te da una corná y te parte. ¡Miedoso!...

No tuve más remedio que cabalmente llamarle la atención para que cesase en su actitud insultante y molesta. El aficionado-sonoro me contestó:

—Yo grito y chillo a los toreros, porque quiero y porque es la base de mis mayores ingresos. Cuando hay «cogidas», yo gano

mucho más dinero que cuando no ocurre nada.

—No lo entiendo.

—¡Ah! No lo entiende. Pues si usted fuese capataz de venta, en un periódico diario, como lo soy yo, veríamos si le interesaban las *cornás* graves que duplican la venta de ejemplares y, por consiguiente, mis ganancias.

—¡El negocio es el negocio! ¡Clarísimo!

Otro «tipo» de aficionado es el compasivo y protector del torero. Fácilmente se le conoce por algunas de sus muchas exclamaciones, como:

—¡Qué barbaridad! *Echar* toros con veintiocho arrobas a novilleros que empiezan! ¡No te arrimes, Fulano, que está *reparao!* ¡Machetea por la cara y no te pares! ¡No te sientes en el estribo, que te estropea la taleguilla! ¡No saques la muleta nueva! Oye, Maoliyo: al brindar, no tires la montera, que se hacen polvo los *machos!*

Algunas veces sobreviene fatalmente la cogida: el diestro es campaneado y derribado, pisoteado y buscado en el suelo por el cornúpeto. Entonces, este «tipo» de aficionado, visiblemente emocionado y nervioso, pregunta a las cuadrillas y al mozo de estoques:

—¿Le ha roto la ropa? ¿La guarnición o la taleguilla? Oye, Pascual; frente al 2, al lado de la raya, han quedado en la

arena tres «goipes» del chalequillo, cógelos y me los guardas...

Este aficionado compasivo ¡es el dueño de la casa donde los matadores han alquilado los vestidos de torear y demás avíos!

Otro «tipo» conocido es el aficionado-guitarra. El matador le obsequia con la correspondiente localidad, y el aficionado-guitarra se pasa las dos horas de corrida gritando y jaleando al diestro que le regaló la entrada. Por eso muchas tardes tenemos al lado a un señor, masticando un puro, desabrochado el cuello, sin sombrero, y que grita de pie, para que «le vean»:

—¡Ole! Sí, señor. Así se atorea. Ere er mejó de lo mejore. Lo que tú *jase* no lo *jase* naide. Ere un torero *incorpliable*... Oye, Rafaé, avisa al maestro para que le «dé los adentros» al cárdeno malange que le ha tocao... ¡Domingo, tú ere er mejó!

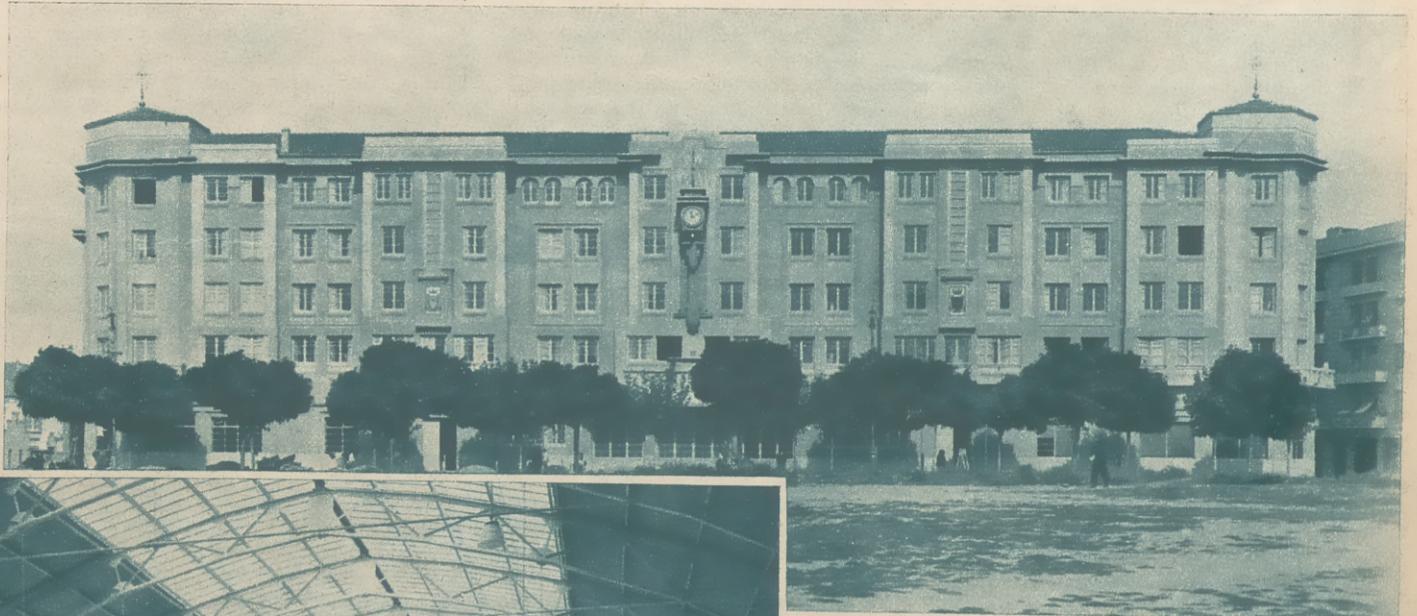
Este es el verdadero *coreo por dentro*. JEREZANO



El famoso matador de toros Victoriano Roger, «Valencia II», que repuesto por completo de la grave enfermedad que ha padecido, volverá a torear en la próxima temporada. ¡Enhorabuena, «Chato!»

Pamplona ha construido la mejor y más moderna estación de autobuses de España

La progresiva capital navarra posee una magnífica red de autobuses que la enlazan con los pueblos y las ciudades vecinas. Para evitar la complejidad de estos servicios y unificar los horarios y puntos de salida, Pamplona ha construido esta grandiosa estación de autobuses, proyectada por el arquitecto navarro señor Al-

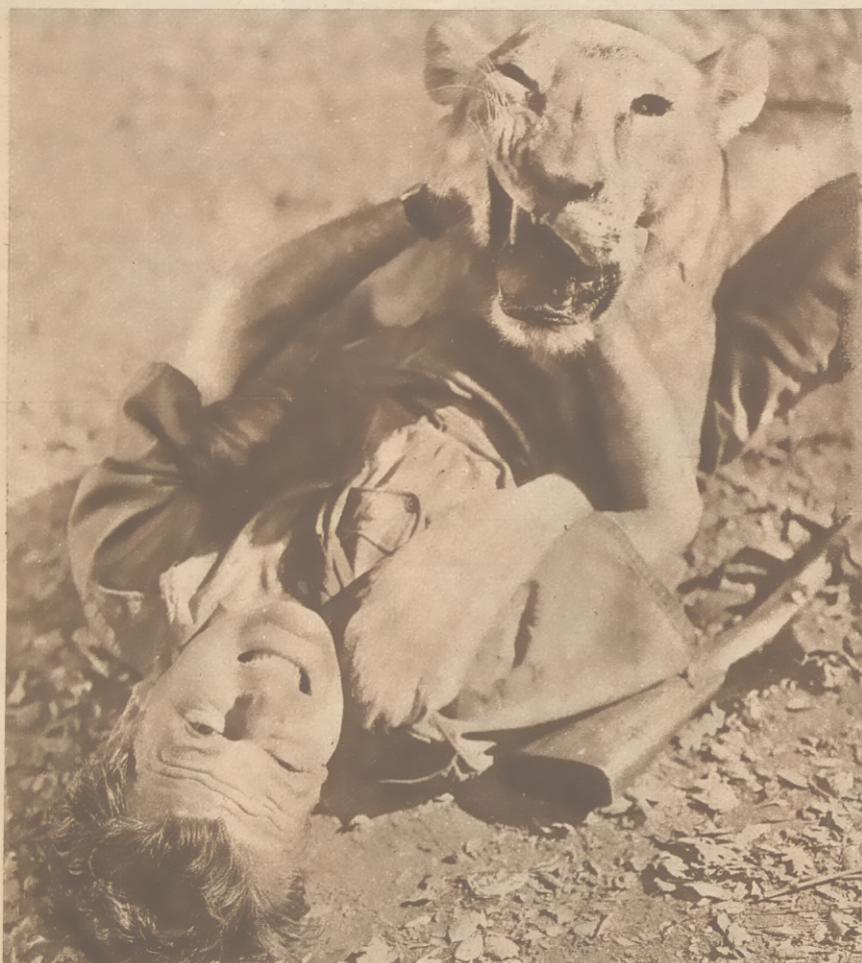


zugaray, y construida por el contratista navarro señor Guayo. El cuerpo central consta de dos grandes naves o patios, de rodadura de 75 metros de longitud por 12,50 metros de anchura, con un andén central y dos andenes laterales. Hay también andenes superiores para las «vacas» de los «autos» y para el equipaje.

Sobre la estación se han construido 66 habitaciones de tipos módicos.

El coste total de la obra ha sido de 1.750.000 pesetas.

Cinematografía



Una emocionante escena, plena de realismo, del soberbio film M. G. M. «Tarzán y su compañera», continuación de la famosísima «Tarzán de los monos», que el Palacio de la Música presentará el próximo lunes al público de Madrid

«Paso a la juventud»

TRES virtudes se advierten en este film francamente interesante y honesto, realizado por Carmine Gallone con mucho acierto. Un tema interesante, aunque nada original; unos escenariatos admirables y una fotografía espléndida, moderna y artística.

Y, por añadidura, una interpretación correcta, ajustada en todo momento a la acción, y en la que se destacan dos figuras que ya han adquirido en la pantalla rango muy principal: Jeán Kiepura y Marta Eggerth. Ambos, excelentes cantantes, de voz rica y potente y de grandes condiciones de comediantes, cosa poco frecuente, pues, por lo general, el cantante no suele ser actor.

Paso a la juventud es una película cuya arquitectura escénica ofrece alguna novedad, y no pierde ninguna de las condiciones características de una buena película: gracia, movimiento, dinamismo, variedad.

Se entretiene en ella con acierto y ponderación lo cómico y lo lírico; lo cómico, finamente conseguido, sin incurrir nunca en atrevimientos, procacidades ni chocarrerías, y lo lírico, en tan justa proporción que siendo lo episódico, adquiere rango esencial, sin distraer lo fundamental, que es el te-

OPERA GRAN ÉXITO de "El... es Ella"

Todos los días

ma. El elemento sentimental no cae del lado de lo cursi o sensiblero, manteniéndose en la proporción estricta para interesar, sin resultar empalagoso.

Algunas escenas, sobre todo las que se refieren a la plástica de una representación de ópera italiana, son difícilmente superadas. Película, en fin, admirable por muchos conceptos, y que eleva a la cinematografía al puesto elevado de arte y decoro que le corresponde.

«De Eva para acá»

Muy antiguo régimen, esta película de concepto ramplón y viejo, de tema gastado y deslucido, tiene, así y todo, algún interés. Más que nada, porque en el desarrollo de la trama hay cierto primor de confección, y todo apatece del lado de lo posible y lógico, con cierto matiz humano y sabor local.

No se explica uno las razones que mueven a aquellos tres viejos mineros para odiar a todas las mujeres e inculcar a aquel muchachito que protegen su misoginia inadecuada. Pero éste es el hecho. Como también que el muchacho no les hace caso. Y en cuanto va a la ciudad, más que las luces y encantos de Nueva York, lo que le seduce es una

muchachita alocada, con la que contrae matrimonio de esa forma tan expeditiva que cualquiera se casa en Norteamérica, según vemos en todos los films.

Naturalmente que cuando el matrimonio regresa a Nevada, los mineros gruñones y severos reciben muy mal a la mujer. Pero ella, poco a poco, se va apoderando de ellos, ganándoles la simpatía, y acaban por no saber vivir sin ella. El Amor triunfa. La Juventud se impone. En esta exaltación del amor, el director del film, George Marshall, se ha excedido un tanto. Para convencernos de que el joven matrimonio se ama apasionadamente no precisaba, ciertamente, recurrir a escenas tan claras y efusivas, ni a insistir en los dúos amorosos sin ningún comedimiento.

Mary Brián es la esposa tan apasionada; George O'Brien, el joven minero que desoye los consejos de los viejos; Herberto Mundin, el actor cómico a cuyo cargo están las escenas más divertidas del film.

«El lago de las damas»

No vale siempre recurrir a la plástica, por muy sugestiva o atrevida que ésta sea, para lograr una película interesante. Ni a todo el público le seduce y encanta esta clase de cintas, en las que hay cierta morbosa complacencia sensual mantenida a lo largo de toda la película. Ni conviene, por sostener este aspecto, descuidar otros elementos que son imprescindibles en el cine. Por

frutos mejores. *Amor* está tomada casi íntegramente de la novela dramática de Balzac *La duquesa de Langeais*, y esta vez la plástica de la imagen no supera en expresión ni calidad artística al mérito de la narración novelística, esmerada y pulida, como obra del gran estilista. Es más: en muchos instantes lo que se explica, aclara y sugiere en la novela, aquí se desvirtúa y se hace borroso. Ejemplo: el proceso de la evolución psicológica de los personajes.

Drama intenso, realista y humano, al ser llevado al cine, no perdió ni el contenido emocional de los momentos culminantes, ni lo pernicioso de algunos pasajes, que al traducirse en la pantalla por imágenes vivas, adquieren más honda expresividad y más profundas sugerencias.

«Paz en la tierra»

A excepción de *Cabalgata*, que es una película admirable, modelo en el género, esta que comentamos ahora es la mejor película pacifista que se ha proyectado hasta la fecha. Película de tesis, profundamente cristiana, tiene un alto valor cinematográfico y artístico y un sentido de ejemplaridad perfectamente logrado.

El sentido cristiano resplandece en el concepto de la paz, que es fruto de caridad y de amor, y en la exaltación de la familia, que es la base de toda sociedad sana y moral. Su valor cinematográfico salta a la vista una porción de veces en el decurso de la proyección, y se advierte en el ritmo de la fábula, desarrollada con esa precisa vivacidad que reclama el séptimo arte. Su sentido de ejemplaridad se desprende de las duras lecciones que nos dieron la guerra y la actual crisis económica, crisis de amplitud mundial.

Para su magnífica lección de amor



Víctor Mc. Laglen en el papel de protagonista de «Dick Turpin», que próximamente se estrenará en un céntrico local de Madrid

todo esto, *El lago de las damas* está a punto de malograrse en muchos instantes. En tantos como los que la acción se diluye, en virtud de éste o el otro episodio secundario, o cada vez que el afán de conseguir escenas sugerentes lo atrevido e inadecuado se subraya tan poderosamente que el argumento y su interés desaparecen.

La película está tomada de una novela de Vicki Baum, naturalista y desvergonzada, y a la que apostilla Colette un diálogo demasiado vivo en ocasiones. Con esto y la audacia de Marc Allegret, el animador, se ha logrado una película que desde el punto de vista técnico es magnífica, pero que tiene todo el aire y espíritu de ciertas revistas galantes.

«Amor»

El Grupo de Escritores Cinematográficos Independientes se ha echado sobre sí una labor depuradora y revisionista digna de todo aplauso. No importa que esta vez saquen del olvido una película como ésta, que debía seguir olvidada, aunque reconozcamos algunos de sus valores y el acierto en el procedimiento, que se impuso al cabo del tiempo. La labor revisionista puede dar



CAPITOL

ULTIMOS DIAS DE LA MAGNIFICA SUPERPRODUCCION DE FILMOFONO

EL LAGO DE LAS DAMAS

La crítica situación del de Madrid

Municipio

El alcalde, señor Salazar Alonso, hace interesantes manifestaciones acerca de este interesante tema

Actualmente, el Ayuntamiento tiene un déficit de dos millones de pesetas



El alcalde de Madrid, don Rafael Salazar Alonso, conversando, en su despacho del Ayuntamiento, con nuestro compañero señor Fernández Piedra (Fot. Cortés)

La crítica situación que en estos momentos atraviesa el Municipio madrileño ha dado origen a muy diversos comentarios, que principalmente han girado sobre el supuesto déficit que pesa sobre el Ayuntamiento de la capital de España.

No es extraño que se hayan suscitado estos comentarios cuando de todos era conocida la administración funesta que las huestes marxistas venían dando a la Casa de la Villa, con el consiguiente perjuicio para el pueblo madrileño, y era lógico suponer que en día no lejano esta administración diera por resultado un desastre económico en la caja municipal.

Los hechos han venido a demostrar, desgraciadamente, la realidad con toda su crudeza. No hace mucho tiempo que el Gobierno del señor Samper decretó una investigación al Ayuntamiento para comprobar las anomalías que venían cometándose. Ahora, recientemente, con ocasión del movimiento revolucionario que ha conmovido a la Nación entera, el Gobierno del señor Lerroux destituyó al Ayuntamiento en pleno, sustituyéndolo por una Comisión gestora que preside el ex ministro de la Gobernación don Rafael Salazar Alonso, con el fin de evitar que continuara la labor desastrosa que venía llevándose a cabo.

Dadas, pues, las circunstancias que acabamos de exponer, hemos estimado interesante entrevistarnos con el actual alcalde de Madrid, señor Salazar Alonso, para recoger sus impresiones acerca de la situación en que se encuentra actualmente el Municipio; y él, con la franqueza que le caracteriza, no ha reparado en contestar a nuestras preguntas para confirmarnos la realidad de los comentarios suscitados en la opinión pública. Muéstrase, sin embargo, optimista el alcalde de que en plazo no lejano quedará despejada esta anómala situación con un porvenir económico más favorable.

No pretendemos ensalzar la personalidad del ilustre ex ministro de la Gobernación, cuando es sobradamente conocida de todos los españoles. Su labor ministerial ha quedado perpetuada, puesto que no claudicó en el cumplimiento estricto de su deber.

Hombre de gran actividad, dedica todos sus esfuerzos en servir honradamente a los intereses de España, con un patriotismo admirable, digno de los mayores elogios, destacándose también su figura como persona disciplinada dentro del partido radical que acudilla el señor Lerroux.

Por eso, cuando se estimó de suma valía el designarlo como alcalde de Madrid, el señor Salazar Alonso aceptó el cargo con la satisfacción que hace cons-

tar ante nosotros en esta información. Gesto admirable de un gran ciudadano, consciente de su deber.

Al visitar al señor Salazar Alonso para exponerle nuestros deseos, nos recibió con su proverbial simpatía y afabilidad, dedicando calurosos elogios a nuestra Revista, de la que dijo era un gran admirador.

En su despacho de la Alcaldía, nuestra conversación transcurrió en los términos que a continuación exponemos:

Hacia la normalidad de la vida municipal

—¿Representa usted al frente de la Alcaldía alguna política determinada?—preguntamos al señor Salazar Alonso.

—En efecto. Represento la política del orden, de la coordinación, de la actividad para cada trabajo, de la absoluta identificación con el Gobierno, que comprendió la importancia de los servicios municipales en la hora de la revolución, y que sigue firme una trayectoria contrarrevolucionaria.

—¿Fue acogido por usted con satisfacción su nombramiento de alcalde?

—Con mucha alegría. No anhele otra cosa que ser útil a mi Patria. Serlo en un cargo tan relevante, tan honroso, como la alcaldía de Madrid, es motivo de júbilo. Trabajar en aquella especialidad que me es grata constituye, como es natural, alegría colmada.

—Acerca de las supuestas anomalías llevadas a cabo por el anterior Ayuntamiento, ¿qué puede usted decirnos?

—Es natural que no pueda contestar a usted concretamente. No he venido de fiscal; he venido a dejar sentadas las bases de un Ayuntamiento que corresponda a la capital de la República.

—De la investigación decretada por el Gobierno al Municipio, ¿qué resultado ha dado?

—Lo ignoro. Creo que el digno funcionario que la realiza está al término de su delicada misión. Confío en que todo aparecerá aclarado y el Gobierno obre con estricta justicia.

Dos millones de déficit

—¿Es cierto, según comenta la opinión pública, que en el Ayuntamiento madrileño existe un déficit de siete millones de pesetas, producido en estos últimos años?

—El señor interventor lo hace ascender a dos millones de pesetas. Procuraremos todos con una intensificación recaudatoria que no pase de esa cifra, con

lo cual, y remitiéndonos a derechos económicos, podremos conseguir el propósito.

—¿Cree usted posible enjugar este déficit con los nuevos presupuestos confeccionados o cuenta con otros medios para conseguirlo?

—No sé si será posible nivelar los presupuestos en el próximo ejercicio. Del proyecto del anterior Ayuntamiento se han hecho importantes reducciones. Reformas en el sistema recaudatorio hacen pensar se aumenten los ingresos. Pero no debo reflejar este optimismo en los presupuestos. Así, por ejemplo, diversos proyectos redundarán en positivas economías; pero este año no pueden desaparecer ciertas consignaciones. Es con el presupuesto y con 1936 cuando se podrá recoger toda la labor del próximo ejercicio.

Vida futura del Ayuntamiento

—¿Se muestra usted optimista acerca del porvenir del Ayuntamiento?

—Mi optimismo es franco, sin sombras ni estorbo de dudas.

—¿Qué proyectos más principales piensa usted realizar?

—No hablemos de proyectos—responde el señor Salazar Alonso con gesto de temor—. Con adecentar las calles de Madrid, terminar las obras emezadas, iniciar la reforma interior, dejar la base del «gran Madrid», ya hay tarea.

—¿Estima usted que su permanencia al frente del Municipio se ha de prolongar algún tiempo?

—No me pregunte usted nunca eso—añade el señor alcalde—. Me ocupo de las cosas como si tuviese por delante muchos años o como si fuera a morir al minuto siguiente. Eso es lo mismo. No dejar de iniciar una obra porque no termine en mucho tiempo, ni confiar al tiempo que queda lo que haya que hacer. Aprovecharé lo que el Gobierno crea que hace falta.

Deseamos vivamente que el optimismo del señor Salazar Alonso se convierta prontamente en realidad, a fin de encauzar por senderos legales la vida del Ayuntamiento madrileño.

La capital de España, por su importancia y categoría bien merece una buena administración, que pueda permitir efectuar proyectos de urbanización hoy paralizados, y tan necesarios para mejorar el aspecto de esta gran urbe, que es centro y eje de todas las actividades de la vida española.

MANUEL FERNANDEZ-PIEDRA

Monseñor Olgiati, el fecundísimo escritor italiano que tantas obras beneméritas ha escrito, nos presenta ahora, en castellano, este *Silabario de la moral cristiana*, en el que ha sabido resumir, con profundidad y sencillez al mismo tiempo, los principios básicos en que descansa la ética del Cristianismo, tan superior a todas las éticas más o menos paganizantes.

La Revolución francesa, por Pierre Gaxotte.—Editorial Fax. Madrid. 8 pesetas.

La Editorial Fax ha rendido un notable servicio a España editando esta gran obra de Pierre Gaxotte, en la que se hace un estudio completísimo de los antecedentes, trayectoria y consecuencias de la Revolución francesa, madre de todas las modernas revoluciones. Si es cierto que la Historia es la gran maestra de la vida, nunca sus lecciones serán tan provechosas como cuando se dirigen a un pueblo recién salido de una revolución y le enseñan las causas y los horrores de una revolución que se ha llamado la Revolución por antonomasia.

Guardia de ladrones, por Zane Grey.—Editorial Juventud, S. A. Barcelona.

Se trata de una nueva novela de «aventuras del Oeste», de esas novelas de bandidos y rancheros, en la que abundan las luchas, los galopes, los disparos de rifle, las huidas peligrosas, sin que falte, naturalmente, el amor del protagonista valiente y heroico con la pobre muchacha desvalida, que

LIBROS

en él ve, primero, un protector, y después, un marido. La novela es moral e interesante.

La práctica de la oración mental, por R. de Maumigny, S. J.—Editorial Razón y Fe. Madrid.

Libro interesantísimo, no solamente bajo el aspecto religioso, sino también bajo el aspecto puramente humano de la psicología superior, en cuyos más difíciles problemas entra Maumigny, desenvolviéndolos con maestría insuperable. Es un libro digno de figurar en la biblioteca de toda persona culta.

Meditaciones de los ejercicios, por Mauricio Meschler, S. J.—Editorial Razón y Fe. Madrid.

El Padre Mauricio Meschler está considerado, con razón, como uno de los más gloriosos ascetas modernos. Sus libros de piedad han alcanzado ediciones fabulosas y han sido traducidos a las principales lenguas del mundo. La editorial española Razón y Fe lanza ahora esta segunda edición del celeberrimo libro alemán *Meditaciones de los ejercicios*, que está llamado a tener un clamoroso éxito de venta.

NOTA.—Los autores o Editoriales que envíen libros para esta Sección deberán remitir dos ejemplares a la Redacción de ESTO, Espalter, 15, MADRID.
MUY IMPORTANTE.—Dentro de poco empezará a publicarse en ESTO una utilísima «Guía de Lecturas» para las familias.



Pasatiempos y Enigmas

Por ENRIQUE MARIN

Núm. 1 ¿Te costó muchas pesetas el convite?

P A

10

Lestreacha Y Llegó

TI VICI

Núm. 2 Charada

Le di la *una-tercera* a aquel **TOTAL** y le felicité, justo y galante, por su *dos-prima* tan emocionante sobre el hermoso tema de «la mar», tan bello siempre y tan interesante, y tan manso y dramático a la par.

Núm. 3 Esa criatura debe estar muy grave

DAN S YA

50 ESTERILES RASGA NOTIA
NOTIA S

NOTAS ESTADISTICAS (Concurso Julio-Agosto-Septiembre 1934)

Al hacer el obligado y justo homenaje a las señoras concurrentes del Concurso, que, como siempre, han brillado por su ingenio y cultura, hemos de destacar por su total acierto los nombres de doña Elena Manzanares de Vidal y Planas; doña Tati (de Valladolid), y doña María del Carmen Echegaray (de Guernica), que concurren por primera vez, figurando por derecho propio entre los campeones. Reciban, como todas las demás que figuran en las listas de honor, nuestros plácemes y felicitaciones. No ha faltado en este Campeonato, con éxito completo, la «peña» de Cádiz, integrada por marinos de Guerra, muchos de los cuales han enviado sus listas desde sendos cruceros. También han concurrido los grupos de Sevilla, Córdoba y Málaga, entre quienes destacan por su singular despejo los doctores González Meneses, hermanos Orue, L. María de Mendieta, La Llave y otros, muy particularmente el aplaudido y popular autor don A. López Monis, que envía sus listas tan perfectas como rebosantes de gracia y amenidad. Especial comentario merece don Ramón María Cabdevila, de Cieza, que envió las 85 soluciones exactas en 85 sonetos admirables. Esta labor la viene repitiendo desde hace catorce años en todos los Concursos por nosotros organizados. Su talento y su fecundidad nos llenan de admiración. *Se continuará.*

Núm. 4 ¿Piensas ocultar la noticia?

MAYO

6 D

LUNES

FERINAL

AHA

Soluciones del número anterior:
Núm. 1. Oí, desde un rincón, cantar a Gayarre. Id. 2. Pretende retenerme la paga.—Id. 3. Adornada con lentejuelas. —Id. 4. A tocar alegremente la jota.

Núm. 5 Ese granuja, golfo, no ha trabajado en su vida

LA NIÑA BONITA

EDICTO-B

T
OPAT

Afuera, las calles del Cuzco ardían en un júbilo inusitado. Multitudes entusiastas iban de un lado a otro prodigando su alegría entre gritos de triunfo y haciendo recuentos en voz alta de las riquezas que acababan de entrar en la sagrada ciudad, como producto del saqueo de sus enemigos. Las juventudes corrían hacia las colinas próximas para contemplar de cerca los campamentos donde alzaban sus tiendas las tropas de Ollanta. Y hasta los ancianos semi-inválidos salían a sus puertas para recordar sus tiempos heroicos de luchas y conquistas.

Grupos de muchachas, con el pelo cayéndoles en trenzas sobre los hombros, se congregaban en las plazas públicas, para agitar en sus manos ramos de flores silvestres. Y bajo los jardines colgantes del *Colcampata* o palacio de Manco Capac, músicos improvisados tañían quenas y tambores, lanzando al aire los viriles ritmos del *huaino*, que eran danzados por una multitud jubilosa.

Cuando, al llegar la noche, abandonó de nuevo su campamento para dirigirse a la gran fiesta que en su homenaje se daba en el palacio imperial, Ollanta creyó encontrar ardiendo por los cuatro costados a la sagrada ciudad. Luminarias inmensas, en torno a las cuales se agitaba el pueblo enardecido, proyectaban sus rojos fulgores en todas las plazuelas y esquinas de las calles. Teas y antorchas flameaban sus lenguas escarlata en todas las azoteas, en las ventanas de las casas particulares, sobre los muros de los templos.

En el pequeño valle, y hasta en las cimas de las colinas próximas, grandes fogaratas, atizadas sin cesar, elevaban al cielo el manojó de sus llamas retorcidas y crepitantes, irradiando una luz casi diurna sobre el paisaje. Dentro del palacio, la efervescencia era también indescriptible. Nobles, *curacas*, guerreros y altos dignatarios de la corte desbordaban los salones, desparramándose por los jardines maravillosos e iluminados con antorchas. Damas de honor y jóvenes doncellas, llevando canastillas de flores bajo el brazo, abrían un abanico respetuoso en torno a las princesas y a las mujeres de Pachacutec. Las Virgenes del Sol—rota hoy su clausura, en atención a la festividad—se apretujaban como un ramillete blanco, al fondo de la gran escalinata, dejando asomar sus rostros de rara hermosura por entre los nevados velos que pendían de su cabeza. En torno a ellas, las austeras *mamacunas* atisbaban con sus ojillos penetrantes los menores movimientos de este grupo de Escogidas puestas bajo su directo mandato.

Ollanta, seguido siempre por su fiel criado Piqui-Chaqui, iba pasando, con paso tembloroso y tímido, por en medio de esta brillante muchedumbre de cortesanos, que le aplaudían entusiásticamente. Las mujeres le seguían con miradas de soslayo e insinuantes sonrisas. Y los nobles y *curacas* se apolotonaban al pie de los corredores para verle de cerca.

Ollanta se sentía cohibido y como avergonzado ante este femenino homenaje, al que no estaba acostumbrado. Cuando un grupo de doncellas se adelantó hasta él, ofreciéndole una canastilla de flores, sus manos enormes y velludas revolotearon un momento indecisas sobre el poético presente, sin acertar a tomarlo con soltura. «¿Cómo debían coger un ramillete de flores las terribles zarpas de un guerrero, hechas sólo a empuñar la clava para blandirla sobre cráneos enemigos?», se preguntaba, estremecido, Ollanta.

La solemne aparición de Pachacutec en una de las puertas que comunicaba con sus habitaciones interiores, le libró de este inquietante problema diplomático.

Venía el poderoso Inca vestido con un fino indumento rojo, tejido—como todos los suyos—por las Virgenes del Sol en los telares del *Achta-huasi*, y llevando de la mano a su hijo, el adolescente príncipe heredero, Tupac-Yupanqui, quien miraba al guerrero con ojos extraordinariamente abiertos por el asombro. Detrás de él, y uno a cada lado, avanzaban Huillac-Huma y Rumi-Náhuí, éste último escondiendo su vengativo odio tras la máscara de una sonrisa cortésana y falsa. Finalmente, y con sólo unos segundos de intervalo, se acusaron en la puerta las siluetas de Macma-Cocoya y la de su hija Cusi-Ccoillor.

Los circunstantes, que al abrirse la cámara regia se habían replegado hasta la pared, humillando reverentemente las cabezas, permanecieron ahora en un silencio casi sagrado, hasta que Pachacutec, en un tono de paternal austeridad, les ordenó:

—Levantaos.

Fué entonces cuando por primera vez, y en un momento fugaz, los ojos de Ollanta se enredaron, con enlaces sutiles y profundos, en los ingenuos y claros de Cusi-Ccoillor. No hubo en esta mirada, esencialmente pura y casual, ni el menor atisbo de una idea de íntima valoración, ni siquiera la sospecha más leve de su recóndito significado; pero en los breves instantes de silencio que la sucedieron, el rudo guerrero creyó experimentar un inquietante estremecimiento turbador, que, paralizándolo todas sus actividades mentales, le transportaba de pronto a un mundo desconocido y misterioso, en el que la muerte lenta, el lento diluirse en la nada de un dulce nirvana ignorado, eran como la suprema y torturante felicidad que podía estarle reservada a su espíritu. ¿Qué sentimiento oculto era el que acababa de despertarse en su interior?

Ollanta quiso formularse a sí mismo esta pregunta angustiosa; pero un signo apenas perceptible del índice de Pachacutec le arrancó a su éxtasis inédito y suavisimo. El poderoso emperador, ofreciéndole un lugar entre Rumi-Náhuí y Huillac-Huma, le hizo sentarse a su lado.

—Cuéntame, Ollanta, tus luchas y tus victorias.

¿Contar? El nuevo generalísimo experimentó una larga perplejidad ante esta contundente orden imperial. ¿Cómo podía poseer un guerrero el arte narrativo preciso para describir con más o menos imprecisión la larga historia de sus luchas? ¿Qué iba a contestar a Pachacutec un hombre de su rudeza, para quien decir más de media docena de palabras seguidas era un problema irresoluble?

Otra cosa hubiera sido si se tratase de demostrar ante estos cortesanos cómo se ganaba una victoria sobre el enemigo. Que le pusiesen, por ejemplo, un Ejército contrario en la explanada de Sacsahuamán, y verían qué pronto les demostraba prácticamente cómo se le llevaba a una derrota absoluta.

Pero la orden de Pachacutec era inescrutable, y no había otro remedio que hacer un esfuerzo supremo de elocuencia.

—Señor, he presentado muchas batallas al enemigo. En una de ellas...

Mientras su lengua, enredándose trémulamente en cada frase, hacía difíciles malabarismos por aprisionar las

de ver retornar a su rival vencido y lleno de oprobio, para gozarse en su desgracia ante los ojos del Emperador. Pero he aquí que el intrépido Ollanta, siguiendo siempre hacia el Norte el hisuto lomo de los Andes, al frente de su gran ejército, no sólo domaba y sojuzgaba a los rebeldes, sino que penetrando audazmente en las selvas extendía los ya inmensos horizontes del Imperio Incaico hasta límites inverosímiles. Y ahora, tras de dejar pacificados los nuevos pueblos vencidos, volvía triunfador y cargado con el más rico botín de cuantos jamás llegaron de campaña alguna a la sagrada ciudad del Cuzco.

Rumi-Náhuí, cuya fría astucia conocían bien todos sus enemigos, miraba con ojos vengativos a toda la muchedumbre congregada abajo, concentrándolos después en el tropel de nobles, guerreros y sacerdotes que se apiñaban al pie de El Rodadero. ¿Por qué este recibimiento apoteósico rendido a su odiado rival? ¿Se le habían tributado jamás a él tales honores al regresar de sus campañas en otro tiempo?

—¡Ollanta, maldito seas!...

Pero, de pronto, en su rostro enigmático apareció algo como la sombra de una sonrisa. Es que sus ojos aca-



baban de cruzarse con los ingenuos y puros de su prometida, la princesa Cusi-Ccoillor, orgullo del viejo Pachacutec.

Ella, que palmeaba en este momento de júbilo, haciendo coro a sus súbditos, quiso sonreír también al viejo general; pero, instintivamente, su sonrisa se trocó en un gesto helado. Aun en medio de aquel ambiente de felicidad y a pleno sol, se sintió atacada por aquel miedo repulsivo que le había inspirado siempre la presencia del odioso Rumi-Náhuí.

Un pensamiento torturante, con el que luchaba en vano por familiarizarse día a día, volvió a surgir de pronto en su imaginación. ¿Y ella había de ser por siempre la esposa de este hombre repulsivo? ¿Le daría fuerzas para obedecer aquella absurda imposición paterna que la condenaba a una eterna vida de desamor?

Para sustraerse una vez más a la crueldad de estas reflexiones, Cusi-Ccoillor volvió los ojos nuevamente hacia la explanada de Sacsahuamán. Un espectáculo maravilloso e impresionante hacía ladear todos los rostros en dirección de las colinas próximas, por donde, envuelto en una polvareda triunfal, avanzaba el ejército victorioso de Ollanta.

Roncos e incesantes alaridos de mil tropas bélicas preludiaban su marcha. Ya se aproximaban los primeros combatientes y, sin embargo, allá, en las cumbres lejanas—tal era su número—se veía fluctuar un denso hormiguero, disponiéndose en orden de formación.



Cuando los ágiles corredores que abrían el desfile llegaron al gran campo, pasando a ligeros saltos por debajo de los tronos imperiales, la multitud prorrumpió en un grito enardecido:

—¡Gloria a Ollanta, el triunfador! Luego, el desfile se prolongó durante cuatro horas consecutivas.

Detrás de los corredores—veloces centinelas encargados de otear el terreno—venían las grandes legiones de flecheros, distribuidas en grupos exactos, con sus aljabas de dardos envendados y sus arcos a la espalda, con las rodajas de cuero al brazo, rostros y piernas curtidos por el aire y los soles de la serranía.

Luego avanzó el grueso del ejército: falanges y falanges de hombres agueridos, con las lanzas y picas al hombro, semejantes a movibles bosques de cañas. Detrás llegaban los onderos; los esforzados paladines que manejan las clavazas terribles; los escuadrones de rematadores, con sus pequeños y fulminantes mazos de granito en las manos.

Y entre éstos y la centuria de jóvenes que daban escolta personal al gran caudillo, la multitud anónima y miserable de los salvajes prisioneros cargados con el rico botín de guerra: fardos enormes, que eran traídos por veinte y sudorosos; cargamentos de oro, de esmeraldas, de objetos artísticos, de maderas preciosas y perfumadas, de telas colorinescas y finísimas...

Ochocientas llamas, de cuello esbelto, vivaces ojos y gráciles patas saltarinas, cargadas hasta el exceso, acababan de completar este codiciado tesoro bélico que venía a enriquecer una vez más a la sagrada ciudad del Cuzco y, de un modo especial, al gran Templo del Sol. Cuando este misero rebaño de los prisioneros, prosternado en el suelo al pie de los tronos, hizo la ofrenda de sus cargamentos al poderoso Pachacutec, el estampido de un clamor unánime volvió a rodar por el cielo azul y dormido de la mañana:

—¡Gloria a Ollanta!

Y el joven Ollanta, sonriente y como avergonzado de estos honores apoteósicos, apareció en la explanada de Sacsa-huamán.

Venía a pie, la enorme clava—que había destrozado millares de cráneos—a la espalda, y en su brazo izquierdo una rodela recubierta con pieles de caimán. En su puño derecho, sujeto por una cadena de oro, revoloteaba un halcón, símbolo de la guerra. Y ante sus pasos, manso como un perillo, marchaba un puma domestizado.

Al llegar al pie de El Rodadero y detenerse para saludar a la multitud se hizo un silencio expectante.

—¡Salve, divino soberano! A tus plantas vengo a poner estas victorias.

Y empujando ágilmente la clava poderosa, la rindió ante Pachacutec. El puma, a una orden de su amo, se tumbó sobre su vientre en el suelo, mientras el carnicero halcón, asustado por el brusco movimiento del brazo, revoloteaba furiosamente sobre su puño.

A un signo del emperador, Huillac-Huma, el sumo sacerdote del Sol, descendió los escalones de granito, avanzando solemnemente hasta el joven caudillo.

—Nuestro poderoso señor Pachacutec te ordena subir hasta él.

Fué una ascensión lenta y ceremoniosa, durante la cual, en la explanada y colinas próximas, se oía el silencio. Ollanta, el guerrero audaz desconocedor del miedo, temblaba con un temblor jamás sentido antes, absolutamente nuevo en él. Las miradas de aquella multitud de cortesanos, fijas en sus memoras movimientos, le produían un azoramiento invencible, un terror íntimo, a cambio del cual hubiera preferido mil pelotas a muerte en el campo de batalla. El era un guerrero rudo, hecho a la vida semisalvaje de los campamentos, y esta aglomeración de marcos blancos, finos velos y rostros cuidados, le seguía imponiendo el mismo respeto indescribible que

en sus años juveniles, cuando él era todavía un simple chicuelo, hijo del pueblo, sin fortuna ni relieve alguno social.

Al pasar junto a ella, Cusi-Cocllor le contempló con una larga mirada estremeada, sintiendo una dulce e ignorada embriaguez al percibir el perfume agrio y campestre que el caudillo dejó tras de sí.

Con una mezcla de admiración y sobrecogimiento extraño, la dulce y delicada «Estrella Alegre» miraba las piernas vigorosas y los brazos robustos del guerrero, sintiendo vagamente algo como un anhelo de ser arrebatada y transportada en ellos a una región florida y solitaria de la serranía andina, entrevistada muchas veces en sus sueños virginales. ¿No podría acaso realizarse este milagro?

Rumi-Náhuí fingió la más exacta de sus imperturbabilidades al ver acercarse a Ollanta. Sobresaliendo por encima del hombro del emperador, le miraba con unos ojos aparentemente indiferentes, pero en los que, no obstante, ardía la llama cárdena de todos los resentimientos terribles. Allí, frente a frente, estaba su rival odioso, aquel plebeyo encumbrado por el milagro de un azar hasta una dignidad inconcebible. Pero ya tendrían tiempo de hablar. Rumi-Náhuí dejaría de ser el verdadero Rumi-Náhuí si no consiguiese ver a este enemigo temible mordiendo el polvo de la degradación ante su pariente el voluble emperador.

Ollanta, trémulo y balbuciente por la emoción, besó el manto de Pachacutec, hincando luego la rodilla ante la escala del trono.

—Señor—dijo después de una pausa—, vengo a devolverte lo que un día tuviste la magnanimidad de darme: ese Ejército poderoso que ha derrotado a todos tus enemigos. Tuyas son sus victorias, y yo, tu fiel vasallo.

Pachacutec hizo un gesto leve con su dedo índice, ordenándole levantarse. Luego, solemnemente y en voz alta, para ser oído de todos sus nobles, dijo:

—Ollanta, me has dado pruebas de tu fidelidad y competencia en el mando de mis tropas. Conseguiste para mí la más grande de todas las victorias. Y quiero recompensarte: desde hoy eres el generalísimo del Imperio. Luego tomó de manos de Huillac-Huma una banda de color, y ciñéndosea al costado, le mostró así al Ejército que desbordaba las colinas próximas hasta desaparecer en el horizonte.

Un trueno retumbante y unísono rompió entonces el casi sagrado silencio que había seguido a la presentación del caudillo, al pie de El Rodadero.

Gloria a Ollanta!

Y envueltos en estas frenéticas salvvas de entusiasmo popular, Pachacutec y Ollanta descendieron las gradas de los tronos, organizándose otra vez la comitiva en dirección al Cuzco, en el mismo orden que a la llegada.

El nuevo generalísimo marchaba ahora al costado derecho del imperial palanquín, confuso todavía por estos homenajes inesperados y ansiando solamente un permiso para volver al único sitio donde acertaba a desenvolverse con plena naturalidad: entre sus tropas y ruidos lúgubres, que, de hijo, estarían aguardando su llegada con una impaciencia de auténticos camaradas.

Por lo demás, ¿qué le importaban a él todas estas bellas vanidades, que sólo podían agrandar a aquellos rutinarios cortesanos sin juventud y sin vigor? Tan ajeno estaba Ollanta a las intrigas palaciegas de la corte de Pachacutec, que ni reparó siquiera un momento en la mirada fría y vengativa con que le había fulminado el torvo Rumi-Náhuí al ser desposeído por el emperador de su categoría de generalísimo del Imperio para transferirla a él.

Tampoco se dio cuenta Ollanta de otra mirada dulce e insinuante que le siguió a hurtadillas durante el tiempo que invirtió la comitiva en recorrer el trayecto que separa a Sacsa-huamán del gran templo del Sol. Era ésta la de Cusi-Cocllor, la grácil princesa de mejillas de capulí, que, vencida por un sentimiento extraño y turbador, llevaba prendidos sus ojos, seranamente ingenuos, del rostro varonil del joven general.

Sonrisas amorosas florecían también en los frescos labios enrojados de las hermosas vestidas, y hasta en las mejillas marchitas de algunas cortesanas; pero el tímido Ollanta no podía ver nada de todo esto. ¿Cómo mirar sin ruborizarse aquellos rostros finos y cuidados, en fuerte contraste con su tez bronceada y tostada de guerrero? Hubiera preferido mil veces encontrarse con aquellos enemigos de caras desfiguradas y espartabas, y recubiertos de crines y de pieles de animales feroces para asustar al contrario, a este dilatado tránsito por en medio de una multitud de doncellas hermosas que le hacían temblar con una emoción desconocida y nueva.

Al llegar a la puerta del templo del Sol, Pachacutec, en medio del silencio recogido de la multitud, volvió a descender de su palanquín, haciéndose despojar de sus sandalias de oro para penetrar en el sacro recinto por la puerta principal que daba al Oriente.

Sobre el frontispicio, una gran plancha de oro que representaba al Sol proyectaba, refractados, sus lígneos resplandores por encima de las edificaciones inmediatas. Regletas, cornisas y adornos de este mismo precioso metal corrían también a lo largo de todos sus muros, por las puertas, por las pilastras espaciadas ante su pórtico, por los escalones que daban acceso al interior.

En el patio de las purificaciones, las tazas de las fuentes aparecían también recubiertas de oro, transmitiendo al agua un color de rayo de sol en día estival. De oro eran igualmente las flores del jardín del *Corticancha*, y los idólios que exornaban sus paredes, y las tuberías del agua, y hasta las orlas del muro que separaba el recinto del exterior.

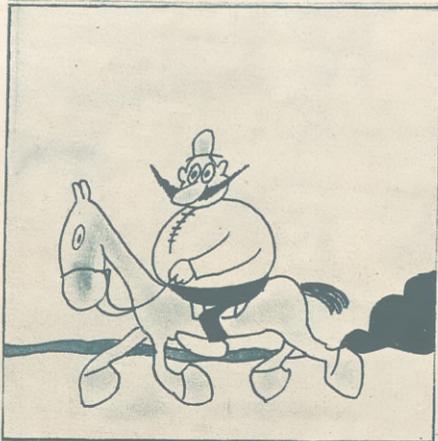
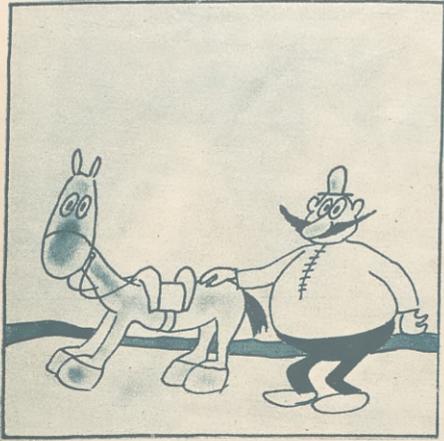
Huillac-Huma, seguido de su corte de sacerdotes y revestido con las más solemnes vestiduras, apareció al cabo de un momento a la puerta del templo, para guiar hasta el ara sacra a Pachacutec, quien daba ahora la mano al trémulo Ollanta.

Luego, estos mismos sacerdotes, descendiendo el gran sillón de oro macizo contiguo al santuario, por medio de las gruesas maromas que lo sujetaban a la pared, hicieron sentar sobre él a su *divino* emperador, volviéndolo a elevar hasta la altura del tabernáculo.

—Señor: he aquí a tu Hijo, que viene a Ti a honrarte—salmodió Huillac-Huma.

Finalmente, el sumo sacerdote hizo avanzar a Ollanta hasta el altar, imponiéndole sus manos sobre la cabeza, para darle su bendición, mientras a lo largo del templo se postaba, enmudecido, todo el séquito imperiz

Cachivache y su caballo

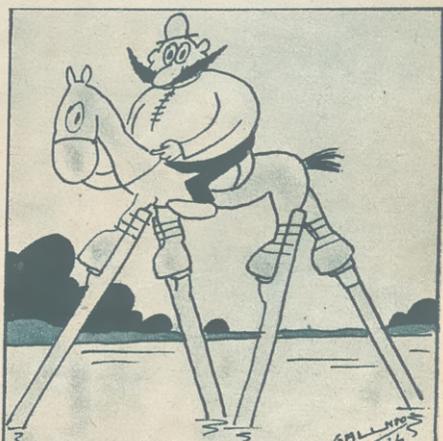


—¡Ahora mismo nos vamos a dar la vuelta al mundo, «Lucero»!
—Encantado, «Cachivache».

—¿A ti no te gusta viajar, «Lucero»?
—¡Muchísimo! ¡Sobre todo cuando no va usted encima!

—¡Atiza! El primer contratiempo.
No tenemos otro remedio que atravesar este río.

—Pero, ¿por qué no quieres entrar en el agua, «Lucero»?
—Porque debe estar muy hondo.



—¡Oye! ¿Sabes que tienes razón?
—Como que tengo un olfato que ni un perdiguero.

—Mira, vamos a salir, que se me ha ocurrido una idea para poder atravesar el río sin mojarnos.

—¿Sabes lo que es esto, «Lucero»?
—No, señor «Cachivache».
—Pues son unos zancos.

—¿Ves cómo así podemos atravesar el río sin mojarnos?
—¡Que talentazo tiene usted!

PEQUEÑOS ANUNCIOS CLASIFICADOS

EL diario «La Publicidad» es el primer rotativo de Granada y el de más circulación.

«LA Gaceta del Norte» es el principal diario de Bilbao. Si quiere que su anuncio sea eficaz en el País Vasco, anúnciese en «La Gaceta del Norte».

PARA que sus productos sean conocidos por la clase más acaudalada de Cataluña, anúnciese en el «Diario de Barcelona», el más antiguo de habla española y uno de los que gozan de mayor autoridad, por la honradez y fidelidad de sus informaciones y por el valor de sus comentarios. Dirigirse a todas las buenas agencias de publi-

dad o a la Administración, calle Jaime I, núm. 11, Barcelona.

PARA conquistar una clientela adicta y con gran capacidad adquisitiva, anuncie sus productos en «El Correo Catalán», el diario tradicionalista de Barcelona, leído por los elementos de derecha de toda Cataluña, por la valentía de sus campañas y por la infatigable defensa de sus ideales. Dirigirse al Administrador, calle de Baños Nuevos, número 16, Barcelona.

Si le interesa el mercado de Asturias, anúnciese en «Región», el diario asturiano de más circulación. Apartado 42. Oviedo.

¿Quiere V. crecer 8 centímetros?

Lo conseguirá pronto a cualquier edad con el grandioso **CRECEDOR RACIONAL**. Procedimiento único que garantiza el aumento de talla y el desarrollo. Pedid explicación, que remito gratis, y quedaréis convencidos del maravilloso invento, última palabra de la ciencia.

Dirigirse a Doña María Pérez, Vda. de Albert, Pi y Margall, 36, Valencia (España)

DIRECCION Y REDACCION DE

“ESTO”

Espalter, 15
MADRID

PIANOS AUTOPIANOS

C. BECHSTEIN

J. HAZEN
FUENCARRAL, 43. TEL. 10867

La experiencia me enseñó que una sopa hecha con Caldo Maggi en cubitos agrada siempre tanto a las personas mayores, como a los niños.

Exigid la etiqueta con el nombre: **MAGGI**

PUBLICITAS (S. A.)

ADMINISTRACION DE LA PUBLICIDAD DE

Prensa Grafica

AVENIDA DE PI Y MARGALL, 9, ENTRESUELO

MADRID

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.

BAUME BENGUÉ
Curacion radical de
GOTA - REUMATISMOS NEURALGIAS

De venta en todas las farmacias y droguerías.

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid

Conservas **TREVIJANO**

BARCELONA

DURANTE LA SEMANA



Desde ahora no prestarán servicio en la cárcel de Barcelona fuerzas del Ejército. Han sido sustituidas éstas por fuerzas de Seguridad. He aquí los últimos relevos de la guardia en el interior de los patios de la cárcel

(Fot. Sagarra)



En el círculo: un aspecto exterior del nuevo cuartel del Bruch, en Pedralbes, al que han sido trasladados los soldados que estaban en los cuarteles de San Agustín y de San Carlos

La fachada del Ayuntamiento durante las obras de reparación de los balcones deteriorados por los disparos de la artillería en los sucesos de la noche del 6 de Octubre

(Fot. Torrents)



Las damas enfermeras que han terminado el curso en el Hospital de la Cruz Roja, y a quienes, en un reciente acto, se ha impuesto el brazalete profesional para que puedan ejercer su profesión

(Fot. Torrents)

He aquí algunas de las enfermeras que asistieron, en el Hospital de la Cruz Roja de Barcelona, al acto en que se impuso el brazalete profesional a las que ahora han terminado sus estudios

(Fot. Torrents)

